

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE MADRAZO

EL DIA 10 DE ABRIL DE 1881

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1881

A su hermano — padre á
dirige su apasionado
Mariano

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

216

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE MADRAZO y Kuntz

EL DIA 10 DE ABRIL DE 1881

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1881

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE MADRAZO

mfp

Señores Académicos:

Bien necesito de vuestra indulgencia cuando llamado hace siete años al alto honor de ocupar entre vosotros una silla, vengo á esta preclara asamblea al cabo de tan largo tiempo, cansado, viejo, lleno de rubor y con las manos vacías; sólo alentado por la incomparable benignidad con que aún os dignais recibir á quien tan rezagado llega á vuestra casa.

Por tan señalada muestra de simpatía os doy las más cordiales gracias, al mismo tiempo que os expreso mi respetuoso reconocimiento por la eleccion inmerecida que de mí hicísteis para reemplazar al inolvidable Don Antonio María Segovia, el discreto *Estudiante,* regocijo de Talía y de Erato, émulo de Horacio y de Persio, cultivador de la sátira elegante y atildada.

Mas al dirigiros mi salutacion afectuosa y prepararme á recibir vuestra bienvenida, me asalta el recelo de si esperareis de mí algo que corresponda á una expectacion tan prolongada, porque tengo que empezar confesando que sólo por algunos momentos ocuparé vuestra benévola atencion. Así debe ser observada la regla paradójica que la experiencia sugiere; pues si el que apremiado por la falta de tiempo suele escribir demasiado largo, razon es que quien se tomó años enteros para per-

jeñar un mero discurso, lo escriba muy breve. A obrar de esta manera me mueve por otro lado el deseo de no seros enojoso entreteniéndoos más de lo preciso. Una oportuna amonestacion, que poco tiempo há tuve la suerte de recibir en lugar sagrado, y que se fijó en mi mente para confirmarme en el propósito de no desperdiciar en razonamientos inútiles los años postreros de la vida, me suministra para este acto un tema enteramente adecuado á mi deseo de no ser prolijo.

Hallábame en la iglesia de Mondragon admirando la hermosa traza de un púlpito del siglo xv, única joya artística de aquel humilde templo, y movido de natural curiosidad, no habiendo en la solitaria casa de Dios testigos importunos, me determiné á subir la escalerilla que conduce á la santa cátedra. Al apoyarme en el pasamano de primorosa labor, toqué unos abultados caractéres góticos que se destacaban sobre un fondo de menuda y delicada talla. Formaban aquellos caractéres esta preciosa leyenda: aviso y sentencia á la par, digna de Aquel que inspiró á Salomon el libro de los *Proverbios*: DIGA POCO Y BUENO.—Esculpióse este consejo, que debería estar repetido en todos los púlpitos del orbe cristiano, para regla de los predicadores; yo lo aplicaría á todas las cátedras de letras divinas y humanas..... y áun á las tribunas. Por de pronto, ¡ojalá me fuera dado observarlo al dirigiros mi voz! porque creo que ganaríamos mucho todos en considerarlo como precepto, dadas las condiciones de la vida moderna.

Y ocurre desde luego una observacion acerca de tan preciosa máxima: decir poco es muy fácil; pero no lo es tanto decir cosas buenas. Mas el que de cosas buenas se halle desprovisto ¿deberá por esto no hablar poco? ¡Dios nos libre del que por no saber decir poco y bueno, se

crea autorizado á decir mucho y malo! Esto se usa sin embargo: largos discursos sin sustancia son en todas partes azote de los oidos y estímulo á los ataques de nervios: justo castigo de nuestra sociedad moderna, que todo género de estilos autoriza, á excepcion del más inofensivo de todos,—el de los Cartujos. De mí sé decir, que prefiero á la parlería insustancial de un Rosely ó de cualquiera de los personajes que sacó á relucir D. Alberto Lista en el *Imperio de la estupidez*, el laconismo de aquel italiano:

«..... Don Sempronio, medico locale,
uom che parlava sempre poco e male;»

Este lacónico desgraciado podrá parecer más ó ménos grotesto, pero al cabo es inofensivo; al paso que aquel palabrero estúpido es peligroso, porque

«La augusta Necedad le dió el talento
de proferir períodos sonoros
sin alma ni sentido. Jamás pudo
feliz casualidad formar un necio
más semejante á un sabio.»

Un gran moralista, cultivador de nuestra hermosa lengua en las altas regiones de la moral y de la mística, y autoridad en ella, escribe este precioso diálogo entre la parlería y el discreto callar: "La parlería dice: no es "pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no "deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. Y el "discreto callar responde: verdad es lo que dices; pero "muchas veces queriendo el hombre hablar muchas co- "sas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, "acaba mal. Por lo cual dijo el sabio, que en el mucho

"hablar no podía faltar pecado. Y si por ventura en la "larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás qui-"zás huir de las ociosas, de las que has de dar cuenta en "el dia del juicio."

Ahora bien, ¿no os parece, Señores Académicos, que así como hay una parlería moralmente pecaminosa, hay tambien una parlería literaria vituperable? El que mientras habla ó escribe, ansioso de decir todo lo que se le ocurre, y olvidado de que al verdadero sabio debe servirle su caudal de plaza fuerte, hace del campo de su discurso campo de batalla, prodiga especies y palabras sin plan ni concierto, hacina escombros de erudicion ajena y máquinas de dialéctica inoportunas, no poco se asemeja á aquellos que, en su admirable libro de la disciplina de los monjes, describe Hugo de San Víctor entregados al apetito de la gula y á la destemplanza de su ánimo. Permitidme que os los presente *en accion,* como se dice hoy, trasladados á una de las páginas de la inimitable *Guía de pecadores.* "Con desasosegada inquietud de "miembros (escribe el inmortal autor de esta *Guía,* para "nosotros el más acendrado de los tres famosos *Luises de "oro*), menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan "las manos en alto, como si hubiesen ellos solos de tra-"garse toda la mesa. Así verás en ellos unos acometimien-"tos y meneos que, no sin gran fealdad, estan descu-"briendo la agonía y hambre del comer. Asentados en un "mesmo lugar, con los ojos y las manos lo andan todo: en "un mesmo tiempo piden el vino, parten el pan, revuel-"ven los platos; y, como el capitan que quiere combatir "una fortaleza, así ellos estan como dudando por qué "parte acometerán este combate, porque por todas quer-"rian entrar. Conviene en la comida mirar lo que se co-"me, y la manera del comer; y aunque en todo tiempo

"sea necesario llegarse á la mesa con esta preparacion, "mucho más cuando hay hambre, y aun mucho más "cuando la delicadeza y precio de los manjares despier-"ta el apetito, porque en este caso son mayores los in-"centivos. Mire pues el hombre con atencion, en este "tiempo, no le haga creer la gula que tiene hambre pa-"ra comer mesa y manteles."

Pues este gloton que nos pintan el juicioso victorino del siglo XII y el sabio dominico del XVI, que todo él entero quiere estar comiendo, no sólo con la boca, sino tambien con el corazon, con el entendimiento y con la memoria, es ni más ni ménos que el retrato de todo escritor ú orador intemperante, que aspira inoportunamente á decir de una sentada cuanto ha visto, discurrido, leido, aprendido y soñado en toda su vida. Para dar á un auditorio los espléndidos banquetes de literatura y oratoria de los tiempos antiguos, se necesita ser un Massillon ó un Bourdaloue, un Fox ó un Mirabeau, un Martinez de la Rosa, un D. Joaquin María Lopez ó un Donoso Cortés. Afortunadamente contais en vuestro seno oradores que con aquellos sostienen el paralelo: no los nombro por no incurrir en nota de lisonjero. Los que no alcancen esa talla excepcional, conténtense con estudiar bien lo que han de decir, sin arrojarse á improvisaciones escabrosas, y con exprimirlo en pocas palabras: que para cualquier auditorio ilustrado y de mediano gusto, cuatro gotas de buena esencia valen más que un chaparron de agua de olor deslavazada. Alguno de nuestros buenos poetas antiguos, no recuerdo quién, nos ha presentado, como apólogo aplicable á mi tésis, la sobriedad del jilguerillo del jardin, que, áun posando libre y sin trabas en el borde del tazon marmóreo, donde rebosa el agua cristalina,

Gorgeando alegremente,
se anuncia dichoso y rico
sin más agua de la fuente
que la que lleva en el pico.

¡Cuántos, en cambio, no aspiran con su oratoria á agotar todo el caudal de Aganipe y de Hipocrene!

No tengo el atrevimiento de venir á hacer la apología del laconismo á una asamblea instituida para conservar la gala de la rica, bella y majestuosa habla castellana. Sé que no hay donosura con indigencia, ni verdadera belleza con tísis, y que la prez de un idioma no está solo en la estricta economía de los vocablos, sino en la flexibilidad gramatical de su contextura, en la abundancia de sus geniales recursos y giros, en la armonía de sus voces, en todo lo que constituye su adecuado ornato. —La fábrica arquitectónica no es bella sólo por corresponder con perfecta simplicidad al uso á que se la destina; la mujer más hermosa, no lo será tampoco si nos la figuramos reducida á las meras dotes de su organismo sexual; la flor más lozana será un objeto indiferente si la consideramos sólo en lo que el botánico llama sus partes esenciales, su pistilo, sus estambres, sus anteras. Suprimamos mentalmente en el Partenon de Atenas la elegante decoracion de columnas, friso y frontones; en la Vénus de Milo la morbidez del torso, la placidez y gracia del semblante, el undoso cabello que le sirve como de nímbo, la majestad del cuello, el noble continente, la distincion de la postura; suprimamos, por último, en la rosa ó en la camelia la corona de pétalos que la hace digna de ser preferida á los más costosos aderezos para adornar la cabeza ó el seno de una Vénus viviente: y obtendremos en aquel sólido rectangular de lisas paredes, en aque-

lla mujer austera, rígida y tonsurada, en esta flor reducida á un feo boton amarillento, la fiel aunque infeliz imágen de una lengua expoliada en aras del laconismo. Admiro á los lacedemonios cuando intimándoles Jerges que le entreguen las armas, le contestan: *Ven por ellas*. Admiro aquel *no* rotundo y seco que los magistrados de Esparta dan por respuesta á Filipo el Macedon al preguntarles éste si se avienen á recibirle en su ciudad. Me causa asombro que la noticia enviada al Estado vencedor para comunicar un acontecimiento tan grande como la victoria de Platea, no contuviese más que estas dos palabras: *persas humillados*. Y concibo sin violencia que se aplauda, en la cuerda de lo chistoso, lo que refiere Passerat de dos amigos que, desafiados á quién sería más lacónico con la pluma, se dirigieron estas dos epístolas, escribiendo el uno: *eo rus*, me voy al campo, y contestando el otro: *i*, vete. Pero semejante estilo, bueno para comunicaciones telegráficas, no será nunca formal literatura. La claridad, la gracia se hermanan de grado con la concision; mas son incompatibles con el laconismo. No defiendo, pues, el laconismo, afectacion tan vituperable como la intemperancia parlera, y que, extremado segun el sistema de algunos ideógrafos, acabaría por hacernos rivalizar en el lenguaje con los pájaros y los perros; abogo, sí, por la concision clara y elegante, por el estilo literario que corresponde con el estilo de Dios y de la naturaleza, y del genio en sus más risueñas creaciones,—con las líneas de la mujer hermosa y sin afeites, de la flor recien abierta en la maceta, del Partenon no vilipendiado por el Turco,—y estimo esa concision noble y bella como cualidad que en nuestros actuales tiempos sería un verdadero don del cielo.

De muy antiguo, la concision, que consiste en no

emplear en el discurso, oral ó escrito, más palabras que las precisas para expresar en toda su plenitud y con claridad y elegancia los pensamientos, viene siendo en el mundo latino dote tan preciada cuanto poco comun. Tácito la poseyó en grado eminente: Séneca, aunque aspiró á ser conciso, explicándose en sentencias breves, es sin embargo ejemplo de estilo difuso, porque deslió en muchas de ellas una misma idea. En los albores del Renacimiento, la lengua española literaria puede decirse que casi era perfecta por su sobriedad y nervio: esto tiene de particular el habla castellana, que es tal suyo, que sólo haciendo violencia á su genio nativo se la trueca en culterana ó en conceptuosa y palabrera. En el fecundo siglo de Isabel la Católica, de los Lebrijas, Mendozas y Pulgares, de Alonso de Palencia y Juan del Encina, de Gonzalo de Ayora y Jorge Manrique, de Perez de Oliva, de Fernandez de Oviedo y de tántos otros ingenios como enumera Lucio Marineo Sículo en el discurso que dirigió al Emperador Cárlos V sobre los literatos españoles, formados, digámoslo así, á influjo del generoso y vehemente deseo de aquella inmortal princesa; la lengua castellana daba ya tales muestras de gentil virtualidad, que casi puede perdonarse el exagerado entusiasmo con que Antonio de Lebrija escribia estas palabras al dedicar su gramática á la reina: *está ya nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento que esperar la subida*. En sencillez y nervio, realmente, poco tenia ya entonces que envidiar á ningun idioma neo-latino, el idioma en que el canónigo Alonso Ortiz trazaba este cuadro de España, tal como la encontró á su advenimiento al trono aquella gran mujer: "Recebistes de la mano del mui alto Dios el ceptro real "en tiempos tan turbados, cuando con peligrosas tem-

"pestades toda España se subvertía, cuando mas el ar-
"dor de las guerras civiles era encendido, cuando ya los
"derechos de la república acostados iban en total perdi-
"cion. No habia ya lugar su reparo. No habia quien sin
"peligro de su vida sus propios bienes é sin miedo pose-
"yese; todos estaban los estados en afliccion, é con justo
"temor en las cibdades recogidos; los escondrijos de los
"campos con ladronicios manaban sangre. No se aceca-
"laban las armas de los nuestros para la defensa de los
"límites cristianos, mas para que las entrañas de nues-
"tra patria nuestro cruel fierro penetrase..... Pues ¿á
"quién eran seguros los caminos públicos? A pocos por
"cierto: de los aradros se llevaban sin defensa las yuntas
"de los bueyes: las cibdades é villas por los mayores
"ocupadas ¿quién las podrá contar? Ya la magestad ve-
"nerable de las leyes habia cubierto su haz: ya la fe del
"reino era caida."—Y ¿se perdió por ventura esta hermosa concision, aflojó este nervio de la prosa castellana en el llamado *siglo de oro*, porque Boscan y Garcilaso, y otros imitadores del atildado y grecizante estilo italiano pseudo-clásico, revistiesen nuestra musa de galas exóticas y no siempre adaptables á su índole nativa? Los grandes prosadores del siglo de Felipe II, D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis de Mármol, Cervantes, Gonzalo de Illescas, Fr. Luis de Leon, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Malon de Chaide, Fr. Luis de Granada, Fr. Hernando de Zárate, ¿no son modelos admirables de naturalidad, tersura, claridad y elegancia, á pesar del culteranismo que desvió de su tendencia genial la fantasía de nuestros poetas en aquella misma centuria?

Bien sé que no todos los escritores deben emplear el mismo estilo, ni siempre un estilo cada escritor: todo autor, cuando con ingenuidad escribe lo que siente, sin

proponerse imitar á nadie, reviste un estilo propio, y segun el asunto ó materia que trata, así suele mudar de estilo. Mal podrá censurarse lo que sólo merece admiracion y elogio, verbigracia, que San Juan de la Cruz, con su inimitable locucion, á pesar de la nebulosidad de la filosofía mística, nos arranque de la cárcel del mundo fenomenal y sensible para anegarnos en los piélagos de luz de lo absoluto y de lo infinito en que se resuelve su *Noche oscura;* que Santa Teresa, con su estilo excepcional, aunque con ménos abstraccion de lo objetivo que aquel incomparable místico, nos comunique en sus *Moradas*, en sus *Conceptos de amor divino* y en las *Exclamaciones del alma á Dios,* las inefables dulzuras de sus éxtasis y arrobamientos; que Fr. Luis de Leon, áun haciéndonos oir resonancias del mundo pagano, cuya belleza inscientemente le cautiva, por medio de un estilo más claro aún si se quiere, pero más florido, nos eleve en sus comentos sobre el *Libro de los cantares* á la region ideal de los regalados amores de Cristo y su Iglesia. Almas que, como las de estos, se exhalan en deliquios de amor divino, no pueden ser nunca concisas en la expresion de sus afectos, porque sus ideales, como decimos hoy, son infinitos, como Dios que se los descubre. Desde el momento en que se dejan arrebatar del estro, ó mejor dicho, de la inspiracion sobrenatural que las enciende y volatiliza, su lenguaje, sus conceptos son como briosos corceles que no consienten freno: sus períodos, sí, son más cortos, como de persona agitada que necesita aspirar con más frecuencia que la ordinaria; pero á todas cuadra el juicio que el esclarecido agustino, con disculpable entusiasmo, hacía de la prosa de Santa Teresa: única á quien por cierto no era siempre aplicable: "en la forma del decir, en la pureza y facilidad del esti-

"lo y en la gracia y buena compostura de las palabras, "y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, "no hay en nuestra lengua escritura que se le iguale."

Como modelo pueden presentarse estos escritores á las modernas letras españolas. Una sola excepcion hago, y es respecto de la inspirada monja avilesa. Si alguna vez cediera yo á la veleidad de erigirme en preceptista, no aconsejaría jamas que se la imitase. Hay ingenios cuyo vuelo es muy peligroso seguir, y Santa Teresa es uno de ellos. Considerada esta grande escritora como artista de la palabra, ni en sus obras de teología mística, ni en sus cartas, se sujetó nunca á lo que llamamos *reglas del buen decir*. Escribió de pura inspiracion, más es, con gran desaliño, y acontece con ella lo que con el Greco, con Velazquez y con Goya, mirados como artistas excepcionales de la línea y del color, que se burlaron de toda regla al ejecutar sus inimitables lienzos: razon por la cual, y aunque suene á paradoja, sostenía con fundamento el Teotocópuli, con gran asombro y escándalo del preceptista Francisco Pacheco, que la pintura no es arte. Me adhiero resueltamente á esa paradoja desde el momento en que se define el arte de la pintura, regla segura é indefectible para formar ó criar pintores, á la manera que, siguiendo las reglas y prácticas de la horticultura, se crian los melones y los calabacines.

Santa Teresa fué acaso la única que en la esfera de la literatura logró el privilegio de escribir sin haber aprendido el arte de escribir: así que sus locuciones, sus giros, su gramática, se hacen insoportables al crítico ó retórico que busca en ellos solamente á la escritora. Es preciso ser francos y prescindir de todo falso entusiasmo: los escritos de la gran Doctora se le caen de las manos á todo el que los registra sin más deseo que el de

proporcionarse en ellos el esparcimiento y solaz que se buscan en la historia ó la novela, ya que no los curiosee como monumento del habla vulgar del castellano viejo en el siglo XVI. Decia muy bien el malogrado Gonzalez Pedroso: "no hay literato, meramente literato, "que sea capaz de leer á Santa Teresa, no dos años se- "guidos, pero ni siquiera dos dias. Los únicos que pue- "den saborear las bellezas de sus escritos, son las perso- "nas en quienes vive el sentimiento religioso. Bajo el as- "pecto artístico, ¿cómo ha de comprender las magnifi- "cencias, cómo ha de avasallarse á los encantos del es- "tilo de la Santa quien no sea sensible á las perfecciones "de su alma angelical, ni se goce en la pura atmósfera "por donde volaba su elevado entendimiento? ¿Calculó "ella en toda su vida una sola combinacion de dos pala- "bras para *hacer efecto?*" Esta acertadísima reflexion de un hombre que había nacido para comprender, como pocos, el estilo de la santa escritora, se basa en una gran verdad, que él quizá no tuvo presente, y que habia consignado el célebre Alejandro Manzoni en su precioso y poco cursado libro de *la Moral católica*, diciendo que la fe, para nosotros los cristianos, es elemento psicológico del juicio. El que no tenga fe, absténgase, no ya de imitar, pero ni de leer á Santa Teresa de Jesus, y no siga la corriente de los que, sólo por moda ó por lograr plaza de pensadores profundos, al oir pronunciar el nombre de la Santa, "enarcan hipócritamente las cejas é inflan los carrillos, parecidos á aquellos salvajes que, cuando les preguntan por su Dios, exclaman *¡oh!*, sin saber decir otra cosa."

A excepcion, pues, de Santa Teresa, todos los escritores del siglo de Felipe II son buenos modelos.

Pero se dirá: poco curso logra hoy su lenguaje mís-

tico: y ¿son ellos acaso tan dignos de imitacion en el lenguaje usual y corriente, para que á su norma atemperemos nuestras obras literarias, políticas, científicas, religiosas, morales y artísticas: nuestros discursos, nuestros tratados, nuestra novela? Pues si lo son, porque cuando esos escritores del siglo xvi bajan del carro de Elías á la comun morada de los hombres, su estilo es encantador por su claridad y sencillez, por su viveza y color, por su persuasion y su nervio. Como prueba, desengarcemos unas cuantas margaritas del abundante collar con que ellos ataviaron la garganta de la noble y sesuda España de aquel tiempo.

"La caridad, dice San Juan de la Cruz en sus *Avi-*"*sos y sentencias espirituales*, es á manera de una excelen-"te toga colorada, que no sólo da gracia, hermosura y "vigor á lo blanco de la fe y verde de la esperanza, sino "á todas las virtudes; porque sin caridad, ninguna virtud "es graciosa delante de Dios."—"El que obra segun ra-"zon, es semejante al que usa de alimento sustancial y "fuerte; mas el que procura en las obras dar satisfaccion "al gusto de su voluntad, será parecido al que se ali-"menta de frutos mal sazonados y ténues."—"Alma sin "maestro es como el carbon encendido que está solo, "que antes se irá enfriando que encendiendo."—"El "que sólo se quiere estar, sin arrimo de maestro y guia, "será como el árbol que está solo y sin dueño en el cam-"po, que por más fruta que tenga, los viadores se la co-"gerán, y no llegará á sazon."—Trescientas sesenta y cinco de estas preciosas sentencias, dignas todas de figurar en el sagrado libro del Eclesiastes, formula San Juan de la Cruz con el sencillo y claro estilo que aquí veis.

Malon de Chaide no le va en zaga en claridad, y áun le excede en arranque, cuando del género precepti-



vo ó del doctrinal, sea ascético ó místico, desciende al narrativo y de costumbres, en el cual no hay quien le supere. Hablando del magnate altanero que se cree cristiano perfecto sólo por guardar ciertas formas, sin atender á la esencia de las prácticas religiosas, le retrata en su *Conversion de la Magdalena* con estas robustas pinceladas: "Llega el otro desuella-caras, homicida, roba- "dor de los pobres, con mil pecados mortales que el me- "nor dellos escandaliza el aire; dice que se quiere con- "fesar y que viene de priesa, que no se puede detener; "es menester que se despidan los que há un mes que no "hallan vez para confesarse, porque llega el señor don "Fulano. Vereis la priesa del tejer de los pajes por los "confesionarios en busca del padre maestro Zutano, el "ir y venir de los recados; el menudear de las embaja- "das; el ir en persona el prior ó el guardian que se des- "embarace y lo deje todo, aunque esté á media confe- "sion, que otro dia la acabará, y sino, que "no importa, "que está esperando el señor don Fulano." Vereis al "confesor echar gente menuda abajo, levantarse y salir "del confesionario más hinchado que algun privado ne- "cio, que apenas cabe por la iglesia y el claustro se le "hace angosto. En tanto vuestro penitente se está pa- "seando, renegando del confesor y de su tardanza. Al "fin sale el padre maestro á acompañar á su penitente, "llévale á la celda porque son pecados de cámara los que "trae, llega el paje descaperuzado y pone la almohada "de terciopelo, porque no se lastime. Hinca la una "rodilla, como ballestero, persígnase á media vuelta, "que ni sabreis si hace cruz ó garabato, y comienza á "dar de dedo y á descargar pecados, que hace temblar "las paredes de la celda con ellos; y si el confesor se los "afea, sale con mil bachillerías, y dice "que un hombre

"de sus prendas no ha de vivir como vive el fraile," y "parécele que todo le está bien. Al fin, sálese tan seco "y tan sin jugo como entró, y el desventurado muy con-"tento, como si Dios tuviese cuenta con que desciende "de los godos."

Más claro aparece aún, porque en vez de pintoresco y valiente como el de Malon de Chaide, es sencillo y llano como el de Santa Teresa, el estilo de Fr. Hernando de Zárate en su *Paciencia cristiana*; el cual, aunque escritor místico, al desarrollar lentamente y hasta donde puede sus ideas, desciende al nivel de las inteligencias más humildes, y explica con las palabras más en uso la eficacia de los trabajos que Dios envía á las criaturas. "Con razon "(dice en el discurso primero de su libro I) es comparada "la paciencia al pan respecto de los demas manjares que "sustentan el cuerpo; porque así como ellos por sí son "buenos, pero no hacen bien el sustento del hombre sin "pan, de manera que para que sustente la fruta es nece-"sario pan y fruta; y para que la verdura, pan y verdu-"ra; y para que la carne, pan y carne, y así los demas "manjares; así las virtudes, aunque de sí son buenas y "sustentan el alma, pero su pan es la paciencia, que "para ser templado es menester templanza y paciencia; "para ser justo, justicia y paciencia; y así en las demas "virtudes." Ved qué bella recapitulacion hace de los hermosos frutos de esta misma virtud, á vuelta de alguna que otra expresion demasiado pedestre, en su discurso octavo: "Ella (escribe) prueba la caridad, descubre la "prudencia, hace al hombre templado y obediente, en-"seña la humildad, guarda la paz, humilla, purifica, "afina y fortalece el corazon y alma del que es atribula-"do; gobierna el seso, rige la disciplina, acocea las ten-"taciones, despide los escándalos, rige la carne, guarda

"el espíritu, ayuda al amor, anima á la penitencia, or-"dena y señala la confesion, perfecciona el martirio, en-"camina las obras para poder imitar la vida de Cristo "mientras caminamos por su camino." Y más adelante, en otro discurso, volviendo sobre la eficacia de los males que nos envía Dios para nuestra enmienda, dice lo siguiente: "Lo que no puede acabar contigo un sermon "del mejor predicador del mundo, acaba una enferme-"dad y un trabajo, una viudez, la muerte de un hijo, ó "cualquiera otro semejante; entonces parecen las cosas "de otra color, allí se mudan los pensamientos y se tem-"plan los deseos, allí se comienzan á descolgar las tapi-"cerías, se moderan las comidas, y los vestidos son más "honestos; entonces se abaja la voz, se cierran las ven-"tanas y se acaban las locas conversaciones, y se dicen "sentencias graves; entonces se comienza la verdadera "filosofía, se estima todo lo mundano en lo que es; en-"tonces se piensa cuán breve es esta vida, cuán mudable "su gloria, cuán engañosos sus contentos." ¡Qué hermoso troquel para una balada filosófica del género de Tieck ó de Kœrner!

Dechados mil de elegante sencillez y de estilo aun más terso, si cabe, contiene *La perfecta casada* de Fr. Luis de Leon: "A la buena mujer (sirva este solo párrafo de "ejemplo) su familia la reverencia y sus hijos la aman, "y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los "presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la "verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser "estimada y preciada, es la mujer buena; y en compara-"cion della el sol mismo no luce, y son oscuras las es-"trellas, y no sé yo joya de valor ni de loor que ansi le-"vante y hermosee con claridad y resplandor á los hom-"bres, como es aquel tesoro de inmortales bienes de ho-

"nestidad, de dulzura, de fé, de verdad, de amor, de "piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y con- "tiene en sí una buena mujer cuando se la da por com- "pañera su buena dicha." El mismo Cervantes, con haber producido el más inimitable esfuerzo del humano ingenio, "el libro asombroso que viene siendo durante "más de dos siglos la admiracion del mundo, la envidia "de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la me- "dicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso "de todas las gracias de la conversacion," no acertó á enaltecer á la bendecida compañera del hombre, regenerada por el cristianismo, con las frases de exquisito sentimiento y delicadeza no afectada que formó para retratarla el prosador-poeta y místico agustino.

¡Hermosa lengua castellana la del siglo XVI! En él sí que se cumplía el dicho, harto anticipado, de Antonio de Lebrija, de hallarse nuestra lengua *tanto en la cumbre, que más se podia temer el descendimiento que esperar la subida.* Si en esa altura se hubiese mantenido, no hubiera sido necesario que, dos siglos más adelante, Luzan, Don Juan de Iriarte, Salafranca, Montiano y los Moratines, los preceptistas de la Academia Española y del *Diario de los literatos*, empleasen inauditos esfuerzos promoviendo su restauracion. Tanto, en efecto, se degradó, en manos de la secta *culterana* primero, y despues bajo el yugo de la funesta moda *conceptista*, que en el siglo XVII los ingenios de más alto linaje pagaron copioso tributo á sus ridículos extravíos. Afortunadamente, no todos los escritores del tiempo de Felipe IV se contagiaron del mal gusto introducido por los que podríamos llamar prematuros Churrigueras de las letras. En el género histórico, principalmente, hubo guardianes celosos del decoro de la antigua prosa del siglo de Fr. Luis de Leon. Melo,

Moncada, Solís figuran al frente de una reducida falange de escritores salvados del comun naufragio. Ellos poseen el envidiable arte de decir mucho bueno en pocas palabras.

Tratando Melo en su *Guerra de Cataluña* el delicado tema político de la prudencia con que debe obrar un rey sobre acudir ó no personalmente á sofocar la rebelion de cualquiera de sus estados, tema que, sometido hoy á la deliberacion de un Cuerpo deliberante, en cualquier país gobernado constitucionalmente, daría de sí para nueve discursos de á nueve columnas de periódico de letra microscópica, consigna esta memorable sentencia: "Los políticos disputan si conviene al príncipe apartar-"se de la cabeza de su dominio para acudir al remedio "de otro miembro: son diversos los pareceres, como lo "han sido las causas: yo pienso que el negocio consiste "en entenderse bien el estado del príncipe, juzgando que "el pacífico puede, sin daño, acudir á cualquier parte "donde lo pida la ocasion; mas que no lo debe hacer así "el que gobernase un imperio turbulento, porque enton-"ces el grande riesgo, aun contingente, descuenta la con-"veniencia."

D. Francisco de Moncada, no ménos político ni ménos acertado que el historiador lisbonés, escribiendo en análoga materia sobre una bárbara violacion del derecho de gentes cometida por los griegos imperiales contra los embajadores de nuestro ejército en la ciudad de Rodesto, trae en su *Expedicion de catalanes* y *aragoneses*, por vía de contraste, este recuerdo de lo acaecido entre Cárlos V y Francisco I de Francia. "Dignas de alabanza son las "finezas cuando hay seguridad en la fe y palabra del "príncipe enemigo; pero cuando está dudosa, por yer-"ro tengo el aventurarse. Nuestro rey el emperador Cár-

"los V pasó por París y se puso en las manos de su ma- "yor émulo: fué su confianza tan alabada como la fe "de Francisco; pero si la reina Leonor no avisara á Cár- "los, su hermano, de lo que se platicaba, fuera la con- "fianza juzgada por temeridad y la fe por engaño; con "que claramente se muestra que alabamos ó vituperamos "por los sucesos, no por la razon." Las máximas políticas más profundas tienen el aire de estas: tan sencillas son, que cualquier aprendiz de diplomático se cree con tijera capaz de cortar otras tan buenas, ó mejores.

Ambos historiadores, Moncada y Melo, incomparables en el estilo sentencioso, aunque en él descubran algo de la estudiada concision de Salustio, sirvieron de norma en nuestros dias al preclaro autor de la *Historia del levantamiento general y revolucion de España*, especialmente en su tomo I, que desde su aparicion alcanzó justa celebridad; y ambos sobresalen tambien en describir con brevedad elegante, digna de Tito-Livio, los sucesos que reclaman un estilo narrativo claro y pintoresco.—"Dispuestas así las cosas de una y otra parte (es- "cribe Melo narrando los aprestos del ejército castella- "no para la toma de Monjuich), amaneció el dia sába- "do 26 de Enero del nuevo año de 41, mostrándose se- "reno el cielo y claro el sol, quizá por dar ejemplo de "quietud y mansedumbre al furor de los hombres. A la "seña de un clarin comenzó á moverse todo el ejército "en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos; "así tendido por toda la campaña, representaba á los "ojos tan hermosa vision, cuanto lamentable al discur- "so. Tremolaban los plumajes y tafetanes vistosamente, "relucian con reflejos los petos en los escuadrones, oían- "se mover las tropas de los caballos con destemplado "rumor de las corazas; los carros y bagajes de la artille-

"ría, ordenados en hileras á semejanza de calles, figura- "ban una caminante ciudad populosa; las cajas, los pí- "fanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de "los bisoños, dándole á cada uno nuevos bríos y alientos; "el órden y reposo del movimiento del ejército asegura- "ba el buen suceso de su empresa; el coraje de los sol- "dados prometia una gran victoria."

Con no ménos nervio y color, concision y elegancia, maneja el estilo narrativo D. Antonio de Solís en su *Historia de la conquista de Méjico*. Habla, verbigracia, del reconocimiento del volcan de Popocatepec, que practicó el arrojado Diego de Ordaz, y escribe: "Acompañá- "ronle en esta faccion dos soldados de su compañía y al- "gunos indios principales, que ofrecieron llegar con él "hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á "ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso "en su principio: hermoséanle por todas partes frondo- "sas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, "suavizan el camino con su amenidad, y al parecer, con "engañoso divertimiento llevan al peligro por el deleyte. "Vase despues esterilizando la tierra, parte con la nieve "que dura todo el año en los parajes que desampara el "sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza que blan- "quea tambien desde léjos con la oposicion del humo. "Quedáronse los indios en la estancia de las ermitas, y "partió Diego de Ordaz con sus dos soldados trepando "por los riscos, y poniendo muchas veces los pies don- "de estuvieron las manos: pero cuando llegaron á poca "distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tier- "ra con violentos y repetidos baybenes, y percibieron los "bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó "con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto "en humo y ceniza: y aunque subió derecho sin calen-

"tar lo transversal del ayre, se dilató despues en lo alto, "y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa "y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa "en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los "españoles y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz "viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el es- "truendo y salía ménos denso el humo, los animó con "adelantarse, y llegó intrépidamente á la boca del vol- "can, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, "que al parecer hervía como materia líquida y resplan- "deciente; y reparó en el tamaño de la boca que ocupa- "ba casi toda la cumbre, y tendria como un cuarto de "legua su circunferencia."

Quisiera investigar las causas por cuya virtud estos tres historiadores y algunos otros prosistas, muy contados, emancipándose de la ley de general depravacion que imperaba en el gusto literario de su siglo, demostraron, segun se dice hoy, una personalidad tan acentuada y vigorosa como mantenedores de la pureza de nuestra hermosa lengua del siglo XVI: porque verdaderamente causa maravilla el considerar cómo habiendo venido á tanta perdicion el bello estilo, no sólo en nuestra España por la manía del *conceptismo*, sino en todo el orbe civilizado—en Italia por la escuela de Marini y los aficionados á los *concetti*, en Francia por el influjo de la *plêyade* de la córte de Luis XIII y de las *preciosas* de la *chambre bleue* del hotel de Rambouillet, en Inglaterra por la secta de Lilly y de los *eufuistas* de la córte de la reina Isabel,—pudieron ellos conservarse incólumes en tan universal contagio. Si existe afinidad entre las letras y las artes, por ser unas y otras medios de expresion del sentimiento estético, en verdad no se comprende el *naturalismo literario* de Melo, de Moncada y de Solís, ni el



naturalismo artístico de Velazquez, Ribera y Zurbarán, en un siglo tan artificioso y enmascarado como nuestro siglo XVII, cuando el concepto de la belleza se oscureció hasta el punto de parecer sublime y exquisito un lenguaje en que el parérgon degeneraba en derroche y la construccion en contorsiones; noble una arquitectura dislocada en sus miembros decorativos y cuajada de garambainas; y elegante una indumentaria que, con el guardainfante, la cotilla, el cabello engomado y la cara emplastada de albayalde y arrebol, hacía de la mujer una ridícula muñeca. Si el gusto literario de Gracian, Góngora, Quevedo, Calderon y demas *ingenios* de la córte de Felipe IV y Cárlos II, por efecto de esa hermandad estética, ha de guardar correspondencia con la escuela artística que propagan en España los secuaces de Borromino y del P. Guarini, los Crescencios, Canos, Herreras, Barnuevos y Rizis, precursores de los Donosos, Tomés y Churrigueras, no tiene más explicacion en la esfera de las letras la figura de un escritor sencillo, claro y elegante, entre la multitud de los *conceptistas*, que la figura de un pintor *naturalista* en el estadio del arte—Velazquez, por ejemplo—entre la muchedumbre de los que llamamos *manieristas* ó *barrocos*. No es hoy mi propósito investigar la razon de tan singular fenómeno; pero que éste resalte con toda evidencia, conduce al objeto de mi discurso.

Comparemos, desde el punto de vista de la pureza y claridad, la prosa de D. Francisco Manuel de Melo con la de D. Francisco de Quevedo y Villegas, considerado como historiador, y resultará que, á pesar de llevar con justicia el inmortal autor de la *Política de Dios y gobierno de Cristo* el calificativo de *primer ingenio español despues de Cervantes*, le es Melo muy superior en el estilo.—"Yo »pretendo, dice éste, escribir los casos memorables que

"en nuestros dias han sucedido en España en la provin-"cia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el "órden de la república, á vista de los cuales estuvo pen-"diente la atencion política de todos los príncipes y gen-"tes de Europa. Grandísima es la materia, y aunque la "pluma, inferior notablemente á las cosas que ofrece es-"cribir, podia en alguna manera hacerlas menores, ellas "son de tal calidad, que por ningun accidente dejarán de "servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos. "Desobligado y libre de toda aficion ó violencia, pongo "los hombres al peso de tan grande historia. Hablo (di-"chosamente) de príncipes á quienes no debo lisonjear ó "aborrecer, y de naciones que no conozco por buenas ó "malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, por-"que en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis ob-"servaciones, no solo como inclinacion, mas como pre-"cepto. Castellanos, franceses, catalanes, naciones, mi-"nistros, repúblicas, príncipes y reyes de quienes he de "tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me de-"ban los otros: la verdad es la que dicta, yo quien escri-"be; suyas son las razones, mias las letras, por esto no "soy digno de acusacion ni de alabanza: sirva esta reli-"giosa igualdad (jamas alterada en mis escritos) al des-"agravio ó desobligacion de los que llegaren á leerme "quejosos ó agradecidos."

Pues oigamos ahora á Quevedo en sus *Grandes anales de quince dias*: "Yo escribo en el fin de una vida y en el "principio de otra: de un monarca que acabó de ser rey "antes de empezar á reinar, y de otro que empezó á "reinar antes de ser rey; aquél tan santo, tan grande, "que mereció tener por hijo á éste que, pervertido el de-"recho de la sucesion (antes, si es lícito decir, mejorado), "es nieto que se introduce en padre de sus abuelos. Es-

"te, tan formidable en los umbrales de la vida, que en "pocas horas de rigor, justicia y prisiones, ha desquita- "do muchos años de clemencia y benignidad no conve- "niente de su padre, si bien cuando empezó á reinar si- "guió este propio camino, aunque mas despacio. Mi in- "tento es poner delante de los ojos á todos, cuánto rey "y cuán grande cabe en diez y siete años, y cuánta ruina "en doce horas, y cuántas maravillas en quince dias, y "cuánto seso se adelanta á la primera flor de la edad, "no sin vergüenza del postrer cabello.—Ni pondero ni "disimulo las acciones; y porque pretendo informar los "oidos, no regalarlos ni ofenderlos, dejo á las malicias "de mi silencio remitidas las conjeturas del estado que "tuvo España cuando la muerte, con advertencia lasti- "mosa, hizo fábrica de tan grandes reinos." Apunta ya el estilo afectado, conceptuoso y confuso en la *Advertencia al que leyere*, es decir, que desde el vestíbulo se echa de ver la complicacion y desórden interior del edificio; penetremos dentro, y veremos aumentar el alambicamiento y la oscuridad que dominan en toda la historia. Bastan como muestra los siguientes párrafos: "Espiró "(el rey D. Felipe III), como hemos dicho, á las nueve "y media de la mañana, miércoles de la semana de Lá- "zaro. Considerables son á todo buen juicio, en las ac- "ciones de Dios, hasta los motivos de las sombras, que "como circunstancias de su providencia, quieren adver- "tencia ponderada"..... "Los que no le lloraron se acu- "saban de facinerosos; con la alegría andaba la república "revuelta: unos empezaban por los fines de los otros, y los "acusadores prevenian inquietud y venganza á los nueva- "mente dichosos"..... "Túvose por cierto que el conde de "Olivares, viendo á Su Majestad ya tan al cabo, y vien- "do al duque de Uceda que le acompañaba de suerte en

"la cama, que sólo le estorbaba el espirar, y antes pare-"cía que le remedaba la muerte con su presencia, que "se la animaba, le habló estas razones, etc.".... "El du-"que, con maña temerosa, puso á Su Majestad en las ma-"nos una lista de los presos y desterrados, diciéndole que "era tiempo de perdonar"..... "mas luego que (al duque "cardenal) lo vió excluido de la gracia, se arrojó á valer-"se de la determinacion perezosa, escribiendo al cardenal "se viniese á toda diligencia. Valióse para esto de la re-"solucion del duque de Osuna, á tiempo que el consejo "fué delito, la diligencia burlada, y la asistencia peli-"grosa. Y tuviera efecto la venida, si Su Majestad que "hoy reina, no se hiciera ejecutor de la voluntad de su "padre, cosa que con una accion le mostró próvido, re-"suelto y obediente. Con lo cual el duque cardenal pa-"deció el ímpetu de buenos deseos mal ordenados, y el "duque de Osuna los desabrimientos de fineza ménos "bien advertida que arrojada, y el duque de Uceda pe-"nitencia de pereza tan confiada y de confianza tan des-"entendida de otro tiempo y de otra fortuna."

¿Qué hubiera sido del nombre de Quevedo, si á vueltas de este insoportable *barroquismo* literario, no hubiese derramado en sus escritos á manos llenas sus sales y las demás galas legítimas de su privilegiado ingenio? Al ordenar y comentar sus obras un eruditísimo escritor moderno, que es al propio tiempo una de las más afianzadas glorias de esta Real Academia, pronunció hace veintiocho años con gran precision y claridad el siguiente juicio imparcial acerca de su estilo: "Deslústranle, en "discursos que lo rechazan, exceso de agudeza, de sen-"tencias y de equívocos; ornatos supérfluos y ambicio-"sos; abuso de palabras de varios sentidos y forzadas "alusiones; mezcla de voces altas y nobles con otras ba-

"jas y aún soeces; descompasados é inarmónicos perío-"dos, construidos alguna vez absurdamente; aspereza y "afectacion. Baraja el escritor imágenes y pensamientos; "préndase de una idea, y no acierta á dejar de ponde-"rarla y encarecerla hasta que la saca de quicio. Exa-"gerado é hiperbólico, suele desvirtuar el fuego, valentía "y verdad con que retrata, recargando las figuras de ha-"rapos y colorines, y convirtiendo los cuadros en carica-"turas, bamboches y mojigangas. En vano es pedirle so-"briedad y templanza: su genio inflexible é impetuoso "arrástrale siempre á los extremos..... Estos vicios, la "referencia á cosas desconocidas de aquel tiempo, las "cavilaciones metafísicas, la oscuridad de que se rodea, "un diluvio de metáforas y algunos dejos de gongorismo, "suelen hacer pesada, intrincada y enfadosa la lectura "del escritor, despues de Cervantes, el más ingenioso de "todos los españoles."

Entiendo que el estilo afectado, difuso, confuso é hiperbólico de Quevedo, es hijo de una situacion del espíritu en que el autor atiende más á granjearse el aplauso de una sociedad de gusto pervertido, que á expresar ingénuamente sus ideas; y me fundo en que en los mismos escritos más deslustrados por estos defectos, cuando su ánimo se muestra poseido de la veneranda majestad de la religion ó de la moral, é inaccesible á los frívolos caprichos de la moda literaria, ó cuando le embarga la impresion de una escena trágica y solemne, se expresa muy de otra manera, y sabe entonces encontrar el camino recto al corazon del lector, presentándole sus cuadros sin artificiosos oropeles. Oigámosle describir el suplicio de Don Rodrigo Calderon.—"Jueves á 13 de Octubre de 1621, "salió de su casa con sesenta alguaciles de córte, prego-"neros y campanillas, y los Cristos de los ajusticiados,

"atado en una mula, con un capuz y una caperuza de "bayeta, cuello escarolado, el cabello largo, el Cristo en "las manos, los ojos en el Cristo. El pregon le dió la vi- "da y le ordenó la muerte; porque como la gente estaba "azorada con los delitos tan enormes como se habian "creido, y oyeron el pregon (que decía le quitaban la "vida *porque mató á otro alevosamente, y por otra muerte, y "por otros delitos contenidos en su sentencia)*, momentánea- "mente arrebató los corazones de todos, y de la vengan- "za los trujo á piedad encarecida, con tantas demostra- "ciones, que las lágrimas y los ruegos públicos achaca- "ban á la justicia moderada nombre de tiranía. Admi- "raron todos el valor y entereza suya, y cada movimiento "que hizo le contaron por hazaña, porque murió no so- "lo con brío, sino con gala, y (si se puede decir) con des- "precio. Y pudo tener vanidad de la burla que hizo á "muchos prevenidos para vengarse tanto en su flaque- "za como en su afrenta. No apartó la cristiandad de la "bizarría, ni la humildad de la entereza. ¡Oh secretos "de Dios! que hasta la plaza se desquitó de su soberbia; "pues quien siempre la despejaba para la muerte de un "toro, aquel dia la llenó de gente para que viese la suya! "Acompañábanle los religiosos, y apenas el verdugo le "ayudó á morir. No tuvo el cadalso luto ninguno; antes "habiendo cubierto la silla, vino órden que se quitase. "Viendo algunos tan robusta valentía donde nunca la "presumieron, decían que como había endurecido el áni- "mo en crueldades y con delitos que tenían prevenidos "mayores tormentos, no extrañó la muerte. Otros que "se llegaban, si no más á la piedad, á la razon, dijeron "que como él esperaba por su condicion, por su vida, por "sus delitos, el castigo anticipado en la violencia del "pueblo, y halló lágrimas y ruegos y aclamacion gene-

"ral, se alentó con esfuerzo generoso y agradecido. Y "concuerda con lo que él dijo á sus confesores cuando "salió para ponerse en la mula, donde confesó que se "sentía muy flaco de cuerpo y alma, y luego oyendo la "gente, dijo: ¿Esta es la afrenta? Esto es triunfo y glo- "ria.—Estuvo degollado todo el día en el cadalso, donde "todas las órdenes le fueron á decir responsos. Convidó "el conde de Luna caballeros para su entierro, y al ano- "checer estaban muchos llamados y otros inducidos de "la misericordia. Desnudó el verdugo el cuerpo de Don "Rodrigo en el tablado, pusiéronle en el ataud de los "ahorcados, dióse órden que nadie le acompañase; y así "sin cubierta el ataud, le llevaron con una luz al Cár- "men Descalzo los alguaciles, donde hallando un túmu- "lo, le derribaron y pusieron el cuerpo en el suelo; que "para su castigo atropelló la fortuna la inmunidad ecle- "siástica..... Los carmelitas Descalzos lo enterraron en "su claustro, y alli descansa quien murió (como dijeron) "por lo que los jueces callaron, pues con las palabras "que lo disimulan en la sentencia, le acusan en el hecho."

No ménos claro y nervioso es el estilo que emplea al referir el asesinato de Villamediana.—"Habiéndole el "confesor de D. Baltasar de Zúñiga, como intérprete "del ángel de guarda del conde de Villamediana, D. Juan "de Társis, advertídole de que mirase por sí, que tenía "peligro su vida, le respondió la obstinacion del conde "que sonaban las razones más á estafa que á adverti- "miento: con lo cual el religioso se volvió sentido más "de su confianza que de su desenvoltura, pues sólo ve- "nia á grangear prevencion para su alma y recato para "su vida. El conde, gozoso de haber logrado una 'mali- "cia en el religioso, se divirtió de suerte que, habiéndo- "se paseado todo el dia en su coche y viniendo al ano-

"checer con D. Luis de Haro, hermano del marqués del "Carpio, á la mano izquierda en la testera descubierto "el estribo, antes de llegar á su casa, en la calle Ma-"yor, salió un hombre del portal de los Pellejeros, man-"dó parar el coche, llegóse al conde, y reconocido, le "dió tal herida que le partió el corazon. El conde ani-"mosamente, asistiendo antes á la venganza que á la "piedad, y diciendo *esto es hecho*, empezando á sacar la "espada y quitando el estribo, se arrojó en la calle, don-"de espiró luego entre la fiereza deste ademan y las po-"cas palabras referidas.—Corrió el arroyo toda su san-"gre, y luego arrebatadamente fué llevado al portal de "su casa, donde concurrió toda la corte á ver la herida, "que cuando á pocos dió compasion, á muchos fué es-"pantosa: auto que la conjetura atribüia sin violencia á "instrumento, no á brazo. Su familia estaba atónita, el "pueblo suspenso; y con verle sin vida y en el alma po-"cas señas de remedio, despedida sin diligencia exterior "suya ni de la Iglesia, tuvo su fin más aplauso que mi-"sericordia. ¡Tanto valieron los distraimientos de su plu-"ma, las malicias de su lengua; pues vivió de manera "que los que aguardaban su fin (si más acompañado, mé-"nos honroso) tuvieron por bien intencionado el cu-"chillo."

Los que por justificarlo todo en este popular escritor quieren disculpar el enrevesado estilo de su prosa, suponen que muchos de los lunares de sus obras dimanan de las descuidadas y malas impresiones, y de las confusas enmiendas de los originales; pero ya el distinguido académico cuya autoridad he citado puso en esta materia la verdad en su punto, probando que si bien en algunas ocasiones las erratas y desatinos, y el monstruoso laberinto en que se perdian los discursos del escritor,

eran resultado de las licencias que con él se tomaban los libreros editores, remozándolo á su antojo cada vez que de él hacian una nueva impresion, el estilo de Quevedo es sin embargo enmarañado y oscuro, lleno de violentas genialidades retóricas y gramaticales; que *hacen sudar* estas genialidades y agudezas suyas; y que sobre todo su lenguaje es tan idiótico y exquisito, que á veces para sólo entenderlo pone á prueba á los talentos más ejercitados en el estudio de nuestro riquísimo idioma. Mucho deben los estudiosos al concienzudo esmero con que el mencionado colector y comentador purgó su edicion, desgraciadamente incompleta, de las irreverentes demasías de los reimpresores: merced á tan noble diligencia, ya en los *Sueños* no vemos llamar á los entremetidos *solapas* de la ambicion, sino *lapas* de la ambicion y pulpos de la prosperidad: ya tampoco leemos en la *Visita de los Chistes* aquello de que toda la librería de los letrados españoles era *un Fuero Juzgo, con su mujer y su cuerno*, sino un Fuero Juzgo con su *magüer y su cuemo*, partículas de nuestro lenguaje antiguo; ya no nos ofenden estas y otras mil estupideces semejantes.

Mas yo, por mi parte, me atrevo á insinuaros la conveniencia de que mediteis acerca de la causa que pudo hacer de un solo hombre dos escritores entre sí tan distintos, como demuestran serlo el Quevedo formal y sério y el Quevedo satírico y chistoso: el formidable atleta que en el terreno de las ciencias sagradas, morales y políticas, lucha contra la supersticion y la heregía, contra la corrupcion y el maquiavelismo; que en el campo de las letras, acompañado de Vicente Mariner, Justo Lipsio, Pedro de Valencia, Lope y Jáuregui, pugna por la regeneracion de los estudios del siglo de oro, defiende la entereza y lustre de la hermosa lengua de Cervántes y

desconcierta la audacia del culteranismo italiano, remedado en el consistorio de los escritores cordobeses, presentando á la juventud como modelos la gravedad y magnificencia de Fr. Luis de Leon, del bachiller Francisco de la Torre y del maestro Francisco Sanchez de las Brozas; y el Quevedo que, pagando tributo al pésimo gusto de su época, incide en sus obras satírico-morales y festivas en la falta de naturalidad, es decir, en aquello mismo que condena, y manteniéndose en el fondo émulo de Juvenal y de Luciano, reviste una forma viciada por los más atrevidos alardes de la fantasía.

Problema no ménos interesante, aunque de solucion á mi ver ménos árdua, ofrece á vuestra consideracion el fenómeno de ser de estos dos Quevedos el más popular, el de estilo más ampuloso, amanerado é inextricable. ¿Hay en nuestra raza algo que nos incline al conceptismo literario y artístico? Así lo sospecho cuando, desde los principios del siglo XIV, veo á don Juan Manuel escribir en su *Conde Lucanor*, que el hombre que entonces se preciaba *de sotil et de buen entendimiento, tenia por mengua de la sabidoría fablar de las cosas llana é declaradamente;* y cuando por otro lado observo con cuánta tenacidad se incrustan en nosotros las formas más opuestas á todo lo que es natural, regular y sencillo. De tal suerte se nos apegan, que hemos venido durante largas épocas venerando como modelos estupendos en artes y en letras, no ya sólo el churriguerismo y las gerundiadas de muchos escritores y artistas de verdadero genio extraviados por el mal gusto, sino las mismas nebulosas é intrincadas insulseces de pobres versificadores desprovistos de todo númen.

Vosotros, finalmente, sabreis declarar hasta qué punto las relajadas costumbres del siglo XVII pudieron sofocar, casi desde la niñez, en el corazon de uno de nues-

tros más grandes poetas, cual fué Quevedo, la flor divina del amor casto, que es la que inspira y embalsama las producciones juveniles, despojando á las suyas de aquella ternura á la cual acompañan siempre dadas de manos la sencillez y la persuasion. Al considerar yo cómo los más dulces sentimientos se echan de ménos en aquellas mismas obras del gran político y moralista, del "gran soñador satírico, reformador con máscara de ma-"leante y apóstol disfrazado de pícaro," me persuado de que á sus intentos generosos faltaron los medios adecuados que su relajada juventud había gastado y consumido, y de que su reflexivo anhelo del bien careció desde muy temprano del espontáneo beneficio de las lágrimas. De tal manera el estilo descubre al hombre, que en las mismas obras de su juventud, cuales son la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, la novela del *Buscon*, y otras de igual índole, á vueltas de una ejemplar sencillez narrativa, de un tono sentencioso digno de Séneca, y de una lozanía libre de afectacion, se descubre una falta de sensibilidad que trae á la mente la imágen de un vergel de cuyos arbustos, maltratados por un viento impetuoso, se desprendió la galana vestidura de la primavera.

En la mágica region de los afectos, que brotaban del corazon de nuestros místicos del siglo XVI como torrente copioso de luz y vida, Quevedo no excede nunca de los límites de una cristiana conmiseracion, la cual en sus escritos, más que á virtud del alma, suena á razon de Estado. Recordad aquella alegacion en favor de los agricultores agobiados con descomedidos tributos. "Si á in-"tercesion de la gula hay meses vedados para que los "cazadores no acaben la caza matando los padres para "las crias, haya meses vedados, cuando no años, á in-"tercesion de la justicia y misericordia, para los cazado-

"res de pobres, porque la cria de labradores no perezca." Y aquel aviso que con noble independencia dirige al jóven rey D. Felipe IV, entre otros mil y mil de igual índole de que está sembrado su admirable *Gobierno de Cristo*: "Quien os dice, Señor, que desperdicieis en la "persecucion de las fieras las horas que piden á gritos los "afligidos, ese más quiere cazaros á vos que no que vos "caceis." Y aquel precioso aforismo económico-moral: "Señor, de todos los caudales que componen la riqueza "de los príncipes, sólo el de los vasallos es manantial y "perpétuo: quien los acaba, antes agota el caudal del "Señor que le junta. El Espíritu Santo dice "que la ri- "queza del rey está en la multitud del pueblo." No es "pueblo, muy poderoso Señor, el que yace en rematada "pobreza: es carga, es peligro, es amenaza; porque la "multitud hambrienta ni sabe temer, ni tiene qué; y "aquel que les quita cuanto adquirieron de oro y plata y "hacienda, les deja la voz para el grito, los ojos para el "llanto, el puñal y las armas." No pueden pedirse á un político moralista máximas expresadas con mayor claridad, ni con mayor concision y energía; pero á estos confines se reduce toda la sensibilidad del autor, mudo para otros afectos más tiernos; de tal manera que Quevedo, falto hasta cierto punto de corazon y sobrado de entendimiento, es comparable á un majestuoso buque de vapor que navega con una sola rueda.

De los ejemplos de diccion ó locucion clara y sencilla, y al propio tiempo bella y áun sublime, que pueden recogerse con solo abrir por cualquier página los libros de nuestros buenos hablistas, naturalmente se desprende que la hermosa lengua de Santa Teresa y Fr. Luis de Leon, de Fr. Luis de Granada, de Cervantes, Melo y Moncada, se presta admirablemente á decir mucho bue-

no, es decir, mucho muy claro y elegante, en pocas palabras, sea cual fuere la materia del discurso.

Ahora bien, si el lenguaje conciso y diáfano, que lejos de ser incompatible con la belleza, la realza, ofrece la ventaja de no molestar al lector ó al oyente con inútiles perífrasis, amplificaciones y repeticiones, ¿no os parece que ha de ser tambien el más adecuado á nuestra sociedad moderna, tan ansiosa de fórmulas breves por efecto de las infinitas necesidades que la ciencia ha creado?

Hoy que llevamos á escape la peregrinacion de la vida, porque los preciosos secretos arrancados á la materia han extendido á toda la sobrehaz de la tierra la accion y el imperio del hombre, ántes tan reducido en lo físico cuanto dilatado en las esferas de lo intelectual y moral; hoy que no hay ya quien diga, suspirando con el poeta-filósofo:

¡Feliz el que nunca ha visto
más rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

¿qué habrá que justifique en nuestras asambleas, en nuestro foro, en nuestra prensa, en nuestro trato cotidiano, el uso de un estilo difuso, pródigo y redundante, casi diría *congestivo*, que si puede ser tolerable como beneficioso narcótico en los corros desocupados de los que se juntan al sol *á matar el tiempo* en los pueblos adormecidos en la penumbra de una civilizacion trasnochada, es de todo punto inaceptable entre gentes que viven la vida afanosa del siglo del vapor, del telégrafo y del fonógrafo? Debo aquí consignar una protesta, y es, que no se entienda que por encarecer yo las excelencias del estilo conciso como el más adecuado á la expresion del pensamiento en la vida moderna, envuelvo en el elogio del instrumento

la apología del objeto á que ha de adaptarse, es decir, del conjunto de ideas que constituye lo que hoy llamamos *civilizacion*, y que no es quizá sino mera *cultura*. Acaso, si me fuera dado elegir, preferiría yo á la vertiginosa baraunda de la existencia moderna, tal como se consume en las grandes poblaciones; á esta vida intelectual desmigajada entre los cien mil objetos fascinadores de las nuevas artes industriales reunidas en inmensurables palacios de cristal, hierro, bronce, lava y porcelana, la tranquila existencia de los monjes benedictinos de Cluny ó de Sahagun (en sus dias bonancibles, se entiende), ó los que ambicionó para sí el sublime y conciso Fr. Luis de Leon cuando cantaba su famosa lira:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

A la hora en que el invierno de la vida empieza á blanquear el cabello, nada es más dulce que meditar en reposo: quien logró sustraerse á la turbulenta orgía que hace arder la frente, atruena los oidos y destroza el corazon con mortales palpitaciones, considera como un bien inmenso el descanso en la solitaria y fresca alameda, donde sólo oye el murmullo de la fuente ó el zumbido del insecto pasajero. Aparte de esta inclinacion, consentánea con mis años, mi juicio desapasionado sobre los tiempos pasados y presentes es el mismo que formuló Silvio Pellico:

Io non posso adorar l'età lontane
mà nè per tanto adorar so la mia,
che troppo da vicin veggo profane
opre d'assai maligna e vil genia.

Que no se me arguya con la acendrada fé de los siglos medios, ni con el prodigioso vuelo que alcanza la razon humana en el siglo presente: todos los tiempos nos ofrecen gloriosos timbres deslustrados con grandes ignominias. Tuvo el mundo moral su apoplegía en el fanatismo religioso, y en la incredulidad moderna tiene su tísis. Triste cosa es, en verdad, que el hombre, semejante al péndulo en sus oscilaciones, pase sin descanso de un extremo á otro del espacio que recorre, huyendo del centro y medio á que le llama su natural gravitacion. Pero hay que tomar los tiempos como son; cúponos en suerte una vida azorada, presurosa, intranquila, y el estilo asiático, ampuloso, hiposo y redundante, es hoy un verdadero anacronismo; como son anacronismos ambulantes esos privilegiados *rentistas* del sudor ajeno, reserva de cierto grande ejército que yo me sé, los cuales, mientras los verdaderos hombres de su siglo, acosados por el ánsia de saber y siempre alcanzados de tiempo, bullen dia y noche en las escuelas públicas, en las bibliotecas y ateneos; usurpan en las calles y plazas á los agentes de policía el derecho de vivir como autómatas, ó se acecinan al humo del cigarro en los cafés, olvidando el detestado hogar doméstico: ese santo hogar, donde en dias que para siempre huyeron, y que aún nos es dado recordar con lágrimas, acompañando al padre y á la madre ancianos, se estrechaban los dulces lazos del amor de la familia.

Anacronismo es todo escrito de letrado que deslie un grano de sustancia en cincuenta pliegos de indigesta prosa; y todo informe en estrados que, en tres horas de mal llamada elocuencia forense, entre gritos, gesticulaciones, manotadas, sofocacion, bufidos y sudores, sólo lleva al oido del juez, si no está dormido, alguna levísi-

ma idea sobre la cuestion del pleito, como rollizo poncil que, exprimido, apenas da una gota de zumo. Anacronismo es todo discurso parlamentario que pudiendo pronunciarse en diez minutos, ocupa una sesion entera, cuando no dos; anacronismo el uso de las rancias fórmulas curiales con que, para acreditar, verbigracia, á D. Fulano de apoderado de D. Perengano, se construye una complicada máquina de papel y tinta digna de rivalizar con el famoso *Transparente* de la catedral de Toledo. Hay tambien anacronismo, y anacronismo criminal y punible, porque constituye estafa, en embadurnar cuatrocientas ó quinientas cuartillas de original para describir un ajimez árabe, donde se fantasea que pudo haberse asomado la hermosa esclava dueña del albedrío del buen califa Abderrahman III, sacando á la colada con tan fútil pretexto la historia de la arquitectura desde el principio del mundo, y pasando luego á la historia de la esclavitud en Oriente y Occidente, para extraerle del bolsillo al editor, que paga por entregas, y en último resultado al público inocente, que recibe gato por liebre, la moneda que calculó el pseudo-arqueólogo necesitar para una excursioncita á Biarritz en el próximo verano.

Anacronismo es en un hombre toda conversacion que pase de cinco segundos sobre el tema consabido de la salud ó del tiempo, del teatro Real ó de la moda; y no ménos anacrónica la terrible costumbre de los habladores reincidentes, que al que está más de prisa le cazan al vuelo para espetarle de cien modos, esto es, repitiendo cien veces las mismas insustancialidades, sus ideas políticas, ó aquellas cosas que todo el mundo sabe y que nada le importaria ignorar. Estos parleros, repetidores y funestos, tienen su figura en esas calmosas reatas de seis ó siete mulos cargados de paja, todos igua-

les, que suelen en las encrucijadas cortar el paso al infeliz que va ganando minutos para echar una carta al correo al caer la hora de cerrarse el buzon. Las reatas, y los ensartadores de frases de reata, sólo deben ser tolerados en los pueblos donde se vive muy despacio: donde para afeitarse los domingos se madruga, donde se hacen visitas durante las cuales se ve crecer á los niños de la casa, y donde hay linfáticos jugadores, rivales en paciencia de los santones y estilitas, que pasan el dia entero de codos sobre la mesa de tresillo.

Tiempo es ya de poner término á mi discurso, no vaya yo á caer en el mismo defecto que censuro: que lo mucho en esta clase de ofrendas sólo se recibe bien cuando es muy bueno, y lo poco siempre place. Diré con el famoso arcipreste de Hita:

Quiero vos abreviar esta predicacion,
ca siempre me pagué de pequeño sermon,
et de pequeña dueña, et de breve razon,
ca lo poco e bien dicho afinca el corazon.

Como oportuno eco de estos expresivos versos, suena ahora en mis oidos el saludable consejo, dictado por un hombre de talento para que fuese esculpido en aquel inerte pasamano de la escalerilla del púlpito de Mondragon, que recordé al principiar: *Diga poco y bueno.*

Creo haber cumplido el primer mandato de los dos que este aviso comprende, diciendo poco; el segundo, de decir cosas buenas, no era para mí tan hacedero. Pero he salido del compromiso presentándoos un rico muestrario de cosas ajenas excelentes; y el respeto á vuestra ciencia y autoridad, señores Académicos, me ha servido de freno para no seguir la mala costumbre, que he vituperado, de sustituir á lo bueno lo prolijo y enfadoso.

He dicho.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS

SEÑOR ACADÉMICO:

Nuestra antigua amistad, que es para mí como una naturaleza, y el encargo del Sr. Director, que es asímismo como una ley, echan sobre mis fuerzas, débiles siempre, ahora debilitadas por los años y atrofiadas por el largo desuso, peso tan grande, que estoy cierto que me ha de abrumar, con descrédito mio, daño vuestro y lástima de quien en semejante trance me ha puesto.

Es siempre difícil, cuanto grato, el dar en este sitio la bienvenida á un nuevo Académico, porque si de él se dice mucho, pasa uno plaza de lisonjero, y si poco, deja sin explicacion debida el llamamiento y eleccion de todos: y en lo que se refiere á la tésis, si se toca ligeramente, parece como que se desestima; y si con prolijidad, resulta como si se acusase el discurso anterior de erróneo, ó al ménos de incompleto.

Pues á estos inconvenientes, señores, se allegan en el caso presente otros especiales: nuestro nuevo compañero ha tenido siete años de plazo, no por supuesto de estudiar el tema de su discurso, sino de vagar aguardando que sobreviniese un momento favorable ó una circunstancia inspiradora.

Yo, por el contrario, debo emplear pocos dias para abrirle las puertas de esta Academia y los brazos de sus

compañeros; y sin aguardar á leer en lugar religioso y en la cátedra santa el inspirador precepto, tengo en lo posible que guardarlo, apercibido como estoy á *decir poco*, y obligado ademas á decir *presto*, ya que ni puedo decir *bueno*, ni emplear aquí sin nota de descortés y de insubordinado el *estilo de cartujo*.

Me limitaré, pues, esquivando el debate, á hacer algunas observaciones sobre el estilo en general, á indicar con temor, y áun con pena, algunos puntos en que difiero de las apreciaciones de nuestro nuevo compañero, y á recordar al público los títulos que tiene para ocupar el puesto á que es llamado y los servicios que en él puede prestar á la Academia.

La primera dificultad que me asalta es la duda de lo que se entiende por *estilo*: no en el diccionario de nuestra lengua ó en las aulas de retórica, sino en el concepto y en el uso vulgar.

El estilo, dice uno, es para la idea como el vestido para la persona, que toda la envuelve, la adorna, y áun en ocasiones la distingue y condecora.

Ménos alta metáfora, aunque tomada tambien de la indumentaria, usaba el insigne poeta D. Alberto Lista, á quien el Sr. Madrazo ha citado con merecido elogio. Muchas veces hablándonos de la duracion y popularidad de las obras literarias, nos decia que todo ello consistia en *el cosido* (esto entiendo yo que queria decir el estilo). Los preceptos de Horacio, añadia, ni son nuevos, ni eran ignorados cuando escribió la carta á los Pisones: si duran á traves de los siglos y se traducen en todos los idiomas, consiste en *el cosido*..... ¡La costura..... en las obras literarias!..... Mi maestro no preveia que habia de llegar el tiempo de la costura *á máquina* (perdónese el barbarismo) y de los *escritos á destajo*.

El estilo es el hombre, ha dicho un pensador francés; y yo lo creyera de buen grado, si no constase que hay grandes personajes que no han escrito una sola línea; alguno que ha llenado el mundo y la historia con sus hechos sin que de él se cuente que compusiese ó dijese discursos, y áun no faltan héroes que no supiesen firmar.

Sócrates no escribió obra alguna, puesto que hoy es cosa demostrada que no le pertenecen un fragmento de himno y una fabulilla que se le atribuyeron, y que por cierto valen bien poco.

Sabido es [1], que Carlo Magno escribia con gran dificultad, y que comenzó á aprender gramática con Pedro Pisano á los treinta y dos años de su edad.

Y para referirnos á sujeto más humilde y á época más reciente, se me permitirá referir que el célebre almirante Barceló habia aprendido meramente á copiar ó imitar las letras de su nombre, y cuando firmaba contaba los caractéres que habia trazado con la pluma. "Nelo" (Manuel) Nelo, decia á su hijo algunas veces: "cuenta si falta alguna;" y con todo esto no habrá quien ponga en duda que Sócrates y Carlo Magno, y áun Barceló, eran *muy hombres.*

El estilo, pues, *no es el hombre;* pero segun nuestro nuevo compañero, *el estilo descubre al hombre,* y ni áun con esto estoy de todo en todo conforme. Mucho ha de sutilizar quien á través de las sentencias ó concisas ó desleidas de Lucio Aneo Séneca, soberbio y sombrío estóico, descubra al cortesano lleno de vicios, encubridor y apologista de horrendos crímenes.

¿Quién leerá las morales fábulas de Lafontaine, que no deduzca razonablemente que era el autor hombre

(1) Eginhardo.

muy listo (como ahora se dice), esto es, de agudísimo ingenio, de observacion sostenida y asídua y de moral irreprensible? Pues en lo de listo basta referir el siguiente pasage: preguntaban en una ocasion á la duquesa de Bouillon si se iba sola á su casa de campo, y la duquesa contestaba: "sí, me voy sola, no me llevo más que mis tres animales domésticos, mi perrillo, mi mono y mi *fablier*" (Lafontaine). *Fablier*, fabulero le llamaban, como se llama albaricoquero, melocotonero, suponiendo que producia natural y espontáneamente sus admirables fábulas como el frutal la fruta.

En cuanto á la perspicacia de su observacion, recordaremos otra aventura: Reuníanse, en aquella época en casa de Chapelle, *rue du Vieux Colombier* los más preclaros ingenios, Racine, Molière, Boileau, Lebrun y otros, y con ellos Lafontaine: disputaba este con Molière sobre la inconveniencia é inverosimilitud de los apartes en el diálogo de las comedias. "¿Cómo es posible, decia, hablar tan alto que lo oiga todo el público, y que no lo entienda ni lo note siquiera el interlocutor que está al lado?" Tomó Boileau la defensa de los apartes y como se extendiese mucho en su razonamiento y observase que Lafontaine habia caido en una de aquellas distracciones á que estaba sujeto y que se habian hecho ya célebres, mudó de asunto en su discurso y comenzó á decir todo género de improperios al abstraido fabulista. Tales cosas dijo, que soltaron la carcajada los circunstantes y á su estrépito, despertando por decirlo así Lafontaine, preguntó: "¿qué ha dicho, qué ha dicho Mr. Despreaux?" —Nada, contestó Boileau, he probado á estos amigos la verosimilitud de los apartes.

Pues en cuanto á moralidad, no hay que decir sino que la cortesana Ninon se atrevia muchas veces á predi-

carsela, y por cierto que sus buenos consejos no eran escuchados, y mucho ménos seguidos.

Esta contradiccion entre el estilo del escrito y la conducta del escritor, no es ménos cierta en los tiempos modernos que en los antiguos, ni se nota ménos en España que en el extranjero.

Quevedo, á quien tan severamente ha juzgado el nuevo Académico, y á quien el público tiene por el más festivo, alegre y desenvuelto de nuestros ingenios, juzgándole quizá sólo por los versos que se publicaron despues de su muerte, y tal vez contra la intencion con que fueron escritos, decia de sí mismo:

> Yo soy aquel mortal que por su llanto,
> más conocido fué que por su nombre
> ni por su dulce canto.

Nos lo pintamos siempre entre cortesanas y rufianes, en alegres bailes y poco decentes lugares..... cuando pasó en la córte, en los empleos dificilísimos, en las cárceles la mayor parte de su vida; lo creemos dedicado á regocijos y placeres..... y no lo vemos en la prision de San Márcos de Leon aherrojado, calumniado, enfermo, herido, curándose él mismo sus llagas..... porque segun él escribe, jugando aún entonces con la lengua en que era tan maestro: "A muchos he visto condenados á morir, pero á ninguno *á morirse.*"

Larra, si no su imitador, su reproduccion viva en nuestros dias; Fígaro, que á tantos diariamente hacia reir, vivia atormentado de perpétua melancolía..... El mismo dia último de su vida, cuando amistosamente discurria sobre el plan y la ejecucion de un drama de que era protagonista el mismo Quevedo, meditaba ya en su interior el desastroso desenlace del drama de su vida.

Aun lo estoy viendo..... era una tarde de Febrero de 1837: nos hallábamos en las alturas del Retiro, entonces no frecuentadas como ahora por elegante concurso y lujosos trenes, sino solitarias y en aquel sitio casi incultas; desde él se veia el panorama de Madrid, aún realzado por innumerables torres y cúpulas que la piqueta ha derribado, y que entonces se destacaban por oscuro sobre el sol poniente..... Una de esas medias-naranjas, la de la Victoria, donde hoy está la calle de Espoz y Mina, era á la sazon acometida; descubriamos como en vision fantástica, trepar como por el aire los obreros, redoblar los golpes y tirar de las maromas para derrumbar la cruz que coronaba el edificio..... y Larra se paró..... miró tristemente el lejano espectáculo..... y señalando con la mano preguntó: ¿Qué dejan esos hombres al que quiere salirse del mundo, no habiendo claustros?.... ¿las pistolas? Pocas horas despues, en la calle de Santa Clara un pistoletazo borraba del libro de los vivientes al festivo escritor, que habia hecho aquella misma semana reir á la sociedad culta de Madrid: y por una especie de coincidencia fatal, su cabeza ensangrentada, y su faz áun risueña, vinieron á descansar en los tomos de Quevedo que se hallaban bajo el velador donde escribia.

Ejemplo contrario nos ofrece otro insigne escritor y poeta igualmente contemporáneo: lloró en inimitables elegias la muerte del jóven Duque de Fernandina, de la malograda Reina Isabel de Braganza y de la Duquesa de Frias; pintó en estrofas, dignas de Tirteo, el Dos de Mayo.

Si apareció en el teatro, fué con los lastimeros acentos de Oscar y Malvina, y en fin, de sí mismo dijo que era



....el mortal á quien del hado el ceño
á infortunios sin término condena,
sobre su cuello mísero cargando
de uno en otro eslabon larga cadena.

Y así y todo, sus chistes, sus agudezas, sus réplicas saladas, y en ocasiones mordaces, su conversacion siempre jovial y á veces sobrado picante, fueron su principal adorno, su irresistible atractivo, y no sólo testimonio de lo agudo de su ingénio, sino demostracion de que no es siempre cierta la sentencia del preceptista latino

Si vis me flere dolendum es primum ipsi tibi.

Pero, á qué buscar ejemplos cuando tenemos uno más cerca en el predecesor mismo del nuevo Académico, en D. Antonio María Segovia: el cual, como dice muy bien su ilustre sucesor, era el discreto *Estudiante*, regocijo de Talía y de Erato, émulo de Horacio y de Persio, cultivador de la sátira elegante y atildada; pero en el cual hacia perpétuo contraste la flaqueza del cuerpo y la robustez del espíritu, lo sombrío y triste del carácter y lo regocijado del estilo. Tenia Segovia además prendas especialísimas, que yo aquí y en la ocasion presente no puedo ménos de conmemorar. Filólogo distinguidísimo, manejaba como pocos la lengua cuya pureza y esplendor nos está encomendada; poseia además, como si le fueran naturales, el idioma de Molière y el de Shakespeare; no ignoraba el de Schiller, tanto, que remedando sus modismos y complicada hipérbaton, escribió uno de sus más graciosos opúsculos: gramático concienzudo y filosófico, trabajó con asiduidad y éxito en los tratados que la Academia publica, tanto que casi es suya la primera edicion

del Epítome. El diccionario vulgar, el de sinónimos, el de autoridades, el de etimologías, le contaron como colaborador diligentísimo; y su actividad y celo le valieron el nombramiento de Secretario, á que él con su agudeza genial y con ironía valerosa añadia sonriendo el dictado de *perpétuo*, cuando ya se estaba disponiendo para bajar cristianamente al sepulcro. Empleo este de Secretario el más difícil y laborioso de nuestra compañía, y que Segovia desempeñó de modo digno del sucesor de los Martinez de la Rosa, Gallegos y Breton; tanto, que para darle continuador que le aventajase, nos fué preciso adquirirlo á costa de sacrificar, ó por lo ménos de secuestrar á uno de los más preclaros dramáticos, príncipe de nuestros trágicos contemporáneos.

Al daros, señor Académico, la silla que él dejó vacante, sabía la Academia vuestra laboriosidad acreditada; sabía que la cultura y elegancia de vuestros escritos en prosa y verso os hacian digno sucesor de aquel laborioso y correcto predecesor. Contaba ademas con que si Segovia, aficionado eruditísimo al noble arte de la Música, nos prestó auxilio en las definiciones de su tecnicismo, el nuevo nombrado, aún en más extenso campo, podria contribuir á sus trabajos, perito como es en cuanto concierne á la teoría de la Arquitectura, de la Pintura y Escultura, segun abundantemente ha acreditado en sus escritos sobre *Los Monumentos arquitectónicos de España* y en el *Museo Español de Antigüedades*, entre cuyas monografías, con ser muchas y todas ricas de datos, exactas en las noticias y elegantes en el decir, todavía se distinguen las que se refieren á la *Universidad Complutense*, á las *Coronas de Guarrazar*, al *Monasterio de Leyre*, al *retablo de San Miguel in excelsis*, y sobre todo á *La Tapicería flamenca del Apocalipsi*. Coleccion preciosa la de es-

tos paños de córte, única en Europa, joya y adorno inestimable del palacio de nuestros reyes. Por otra parte, la descripcion de Córdoba, Sevilla y Cádiz en la obra de *Recuerdos y bellezas de España*, *Las Joyas del Arte en España* y los *Catálogos razonados de nuestro Museo de Pinturas*, son libros que, si han contribuido al buen nombre de su autor, han cooperado todavía más á extender el conocimiento y fama de nuestras riquezas artísticas; las cuales, merced á la *Coleccion litográfica* del padre de nuestro Académico, al celo y vida artística de su familia toda, y á los escritos del electo, son hoy más apreciados dentro y fuera de nuestro país, atrayendo á España número considerable y productivo de copiantes y de viajeros.

Estas obras y otras muchas que ha logrado rematar su incansable y erudita laboriosidad, están perfumadas de un aroma religioso que las caracteriza, exentas de todo espíritu político, llenas de crítica histórica y artística, abundantes en un sentimiento estético que Madrazo, por decirlo así, mamó en la cuna y bebió á placer en la casa paterna. Fué ésta durante muchos años como un vivero de literatos y artistas que crecian allí en atmósfera adecuada, al abrigo de los huracanes políticos, y que trasplantados luego han dado abundante fruto áun en lejanas tierras. De allí salieron pintores para las galerías de Versalles, arquitectos para la catedral de Leon, músicos para el conservatorio de París; allí pintó Bonnat, allí creció Fortuny. Allí el conocimiento y gusto de las artes, su tecnología y su historia *se respiraban*, por decirlo así. Madrazo aprendia todo esto como aprende las cosas del mar quien nace en la costa, ó las ceremonias sagradas quien se educa en el santuario. Dígolo, no por rebajar el mérito de nuestro nuevo compañero, sino para disculpar

más adelante faltas de otros con demasiada severidad juzgadas.

Pero así como no se forma el marino por mucho pasear en el muelle, ni el sacerdote á fuerza de ayudar á misa, no se hubiera formado el digno académico de hoy por solas las ventajosas circunstancias que halló en su casa; fué preciso una disposicion adecuada, un estudio bien dirigido, una aplicacion perseverante, proveer su memoria de abundante y sana doctrina, dirigir su inteligencia á sérios estudios, ejercitar su imaginacion con el ejemplo y con la práctica; y he aquí todo lo que halló con justicia, y áun con aplauso, en la sociedad que á la sazon brillaba en Madrid y que ha descrito con tanta verdad como donaire un compañero nuestro, ya por desgracia septuagenario.

Las universidades de Toledo y Valladolid, donde cursó el derecho y no participó de las asonadas, ni áun se aficionó á la política; el Liceo en que sus *melopeyas* ó poesías leidas al compás de la música, le ganaron el aplauso, sobre todo de manos bellas; el periódico *El Artista*, en que brilló entre los campeones del fondo y de la forma romántica, fueron el teatro donde primero se dió á conocer.

¿Eran este teatro y este método de vida intelectual intrínsecamente buenos ó malos? Ni es este sitio de analizarlo, ni quizá fuera yo juez imparcial en el debate. A todas luces cierto es que del mal ó del bien no tenemos nosotros responsabilidad ni mérito alguno.

No se jacten los actuales escritores de su decantado naturalismo, como no harán bien de presumir por la robustez de su salud: obra es esta del tiempo. A nosotros nos tocó ver los estragos del cólera y los dislates del romanticismo..... en cambio tambien fuimos entonces tes-

tigos de la heróica abnegacion de nuestras madres, de los milagros que la caridad obró en medio de la comun desolacion; y pudimos, pasado el peligro, gozar de los cantos de Espronceda y de las admirables escenas de *Don Alvaro* y de los *Amantes de Teruel*. Pasó de moda *el Bulto del negro capúz* como el tiempo de las Gacetas extraordinarias..... No creais que ha de ser eterna la vida del *Assomoir* y de las literaturas en comandita.

Nadie puede vivir exento de la influencia de la época en que nace; en algo ha de participar de sus inconvenientes, así como gozará de sus ventajas; pero todo se muda al fin y pasa y se acaba. Lo razonable, lo meritorio es, por tanto, evitar el contagio de lo malo y cultivar y asimilarse aquello que es eterno en moral como en literatura, alimentando con ello su alma porque es inmortal, y sus escritos para que lo sean.

He aquí, señores, lo que Madrazo ha procurado en el fondo con inquebrantable teson, y lo que en mi entender ha conseguido en la forma con honra y con éxito. Dice modestamente que viene con las manos vacías, y sin embargo, pocos pueden traer tanto y tan vario caudal de escritos. En todos ellos ha procurado reducir á práctica la teoría que poco há tan discretamente sustentaba: su estilo es conciso, pero claro; fácil, pero elegante; breve, pero sin desdeñar la mencion de sucesos que exciten la curiosidad del lector é ilustren el asunto de que trata; puro, castizo en fin, pero sin rehuir ni temer por nueva ó desusada la palabra técnica que define ó distingue el objeto y enriquece el idioma.

Si alguno me exigiese pruebas de este juicio, no me impondria trabajo grande, y sin rebuscar en los escritos en prosa de nuestro compañero, me bastaria citar al acaso el primero que se presentara, verbigracia, en la concien-

zuda y detallada descripcion de Sevilla[1], la que se refiere á *La Torre de D. Fadrique*, que dice:

"Esta hermosa y gallarda torre, de robusta arquitec-
"tura románica en su cuerpo inferior, escondido á las mi-
"radas del profano vulgo por los tapiales del convento de
"Santa Clara, en que está enclavada, y adornada con ven-
"tanas de estilo sarraceno y de ojival *angrelado* en sus dos
"cuerpos superiores, que sobre todas las construcciones
"del contorno gallardea, fué lujosa vivienda de aquel
"príncipe tan predilecto de su madre la Reina Doña Bea-
"triz, segun lo declara la inscripcion puesta encima de la
"maciza cimbra laboreada de su puerta.

"Pero no es este el solo recuerdo adherido á tan ga-
"lano monumento. El convento á que pertenece fué re-
"fugio de las dos nobles hermanas Doña María y Doña
"Aldonza Coronel contra la desenfrenada lascivia del rey
"D. Pedro, mejor burlada por la heróica castidad de la
"primera que por la equívoca conducta de la segunda.
"Cuéntase de Doña María, que despues de escarnecida
"en su generoso amor conyugal por el tirano, que, pro-
"metiéndola el perdon de su marido D. Juan de la Cer-
"da, le hizo secretamente matar en su prision de la tor-
"re del Oro, no estimándose segura en la ermita de San
"Blas de la parroquia de Omnium Sanctorum, donde
"se habia retirado á llorar su viudez, profesó en el con-
"vento de Santa Clara, y que allí, requerida de nuevo
"por el osado rey, habiendo empleado en vano ingenio-
"sos ardides, favorecidos á veces por la asistencia divina,
"para sustraerse á sus insidias"..... En nota dice que "es
"fama que, mandada sacar por fuerza del convento en
"que vivia refugiada, se encerró en un horno que hizo

[1] Recuerdos y Bellezas de España.

"escavar en su huerta, sobre el cual brotaron milagrosa-"mente las flores para desmentir la tierra removida. Con-"cluye, pues, el narrador que Doña María Coronel, para "sustraerse á las insidias de D. Pedro, consumó aquel "acto de heroismo de abrasarse el cuerpo con aceite hir-"viendo, destruyendo la belleza á su castidad tan enojosa.

"Atestiguan esta tradicion las manchas que dice Zú-"ñiga se conservan en el cútis de su cuerpo, el cual dura "incorrupto en el monasterio de Santa Inés, fundacion "de la digna matrona, y que se expone al público todos "los años el 2 de Diciembre."

Me pesa no poder citar, entre otras, la descripcion del cuadro de Rafael *la Perla*, en que se dilucidan puntos importantísimos de crítica y áun de historia. Allí se adquieren pruebas de la razon con que alguno de nuestros ilustres compañeros [1] ha vindicado la política extranjera de nuestros últimos monarcas de la casa de Austria, acreditando que su embajador en Inglaterra, D. Alonso de Cárdenas, lejos de ser *reaccionario* (como ahora se dice), fué parcial en favor del Parlamento y de la democracia inglesa en su lucha con Cárlos I.

En la testamentaría de aquel infortunado Rey se adquirió el precioso cuadro, y tantos más cuantos bastaron á llenar seis galeras. Si hoy se nos echa en cara que dejamos salir de España riquezas artísticas, consolémonos con que adornan nuestro Museo otras más preciosas venidas de los países mismos que hoy en este punto nos explotan y nos escarnecen.

En biográfica hay allí testimonio de la imparcialidad con que nuestro gran Velazquez, cabeza y modelo de los naturalistas, juzga el mérito del idealista Rafael.

(1) El Sr. Cánovas.

En crítica, en fin, se demuestra documentalmente la legitimidad del orígen de aquel precioso cuadro.

Pues más aún podria decirse de la descripcion del llamado de *las Meninas*, que no parece, al leerla, sino que asiste uno al taller de Velazquez en compañía de la familia de Felipe IV.

Pero no necesita de semejantes pruebas del estilo del Sr. de Madrazo quien haya oido aquí su discurso: por lo mismo tengo por una desgracia, en este desaliñado mio, el haber de presentar algun ligero reparo en defensa de dos escritores de los más grandes que cuenta el habla castellana, Santa Teresa y Quevedo.

Dícese de los escritos de la gran Doctora, que “se ”caen de la mano á todo el que los registra sin más de- ”seo que el de proporcionarse esparcimiento y solaz.....” Yo de mí sé decir que en muchas ocasiones leo sus obras históricas, y áun algunas doctrinales, con singular placer. ¡Qué sencillez, qué elegante verdad en el libro de su vida, singularmente en los primeros capítulos!

Ved con qué tierna naturalidad termina el primero diciendo sin afectacion ni remilgo que quedó huérfana y que era bella.

“Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo ”de edad de doce años, poco ménos; como yo comencé ”á entender lo que habia perdido, afligida, fuíme á una ”imágen de Nuestra Señora y supliquela fuese mi ma- ”dre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se ”hizo con simpleza, que me ha valido; porque conoci- ”damente he hallado á esta Vírgen Soberana en cuanto ”me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado ”á sí.

. . . . . “Pues pasando de esta edad, que comencé á ”entender las gracias de naturaleza que el Señor me ha-

"bia dado, que segun decian eran muchas, cuando por "ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á "ayudar para ofenderle" . . . . .

Y luego en el capítulo siguiente:

"Era (mi madre) aficionada á libros de caballerías; "y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé "para mí; porque no perdia su labor para leer en ellos; "y por ventura lo hacía para no pensar en grandes tra-"bajos que tenía, y ocupar á sus hijos, que no anduvie-"sen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto á "mi padre, que se habia de tener aviso á que no lo viese. "Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y "aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó á en-"friar los deseos y comenzar á faltar en lo demas, y pa-"recíame no era malo, con gastar muchas horas del dia "y de la noche en tan vano ejercicio, aunque á escondi-"das de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto "me embebia, que si no tenía libro nuevo, no me parece "tenía contento. Comencé á traer galas, etc."

¿Cabe un cuadro de interior más hábil y naturalmente pintado: un retrato más ingénuamente bosquejado?

No es ménos *realista,* como ahora se dice, el estilo del libro de *Las Fundaciones*, y aunque todo él pudiera citarse como modelo de naturalidad y sencillez en la narracion, basta la siguiente muestra.

"Pues una víspera de Todos Santos, el año que que-"da dicho, á medio dia, llegamos á la ciudad de Sala-"manca." Tuvo allí la Santa, más que en otras ciudades, gran dificultad para alojarse: al cabo lo hizo en una casa recien desocupada por estudiantes que la habitaban.

"Otro dia por la mañana (continúa Santa Teresa)

"se dijo la primera misa. Quedamos la noche de Todos "Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, herma- "nas, que cuando se me acuerda el miedo de mi com- "pañera, que era María del Sacramento, una monja de "más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da "gana de reir. La casa era muy grande y disbaratada y "con muchos desvanes, y á mi compañera no habian de "quitársele del pensamiento los estudiantes, parecién- "dole que como se habian enojado tanto de que salie- "ron de la casa, que alguno se habia escondido en ella: "ellos lo pudieran muy bien hacer segun habia donde. "Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era "lo primero que yo preveia para fundar la casa; porque "teniéndolo no nos faltaba cama: en ella dormimos esa "noche con unas dos mantas que nos prestaron. . . . .

"Como mi compañera se vió cerrada en aquella "pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, "aunque no hacia sino mirar á una parte y á otra, to- "davia con temores. . . . .

"Yo la dije ¿qué miraba, pues allí no podia entrar "nadie? Díjome:—Madre, estoy pensando, si ahora me "muriese yo aquí ¿qué habíades de hacer?.... El doblar "de las campanas ayudaba (al temor), que como he di- "cho era noche de las Animas. Yo la dije (á mi com- "pañera): hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de "hacer: ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido "dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos."

¿Cabe más verdad en los retratos, más sencillez en el estilo, más movimiento y naturalidad en el cuadro?

Pues si á la concision y claridad se atiende, pienso que los avisos de la insigne avilesa á sus monjas igualan á los que con justicia ha copiado de su compañero San Juan de la Cruz el Sr. Madrazo: y áun presumo que



no estarian mal si se escribiesen fuera de los cláustros.

"La tierra que no es labrada llevará abrojos y espi-
"nas, aunque sea fértil: ansi el entendimiento del hombre.

—"Entre muchos, siempre hablar poco.

—"Nunca porfiar mucho, en especial en cosas en que "va poco.

—"Hablar á todos con alegría moderada.

—"De ninguna cosa hacer burla.

—"Nunca encarecer mucho las cosas, sino con mode-"racion decir lo que se siente.

—"Jamas de nadie oigas ni digas mal sino de tí mes-"ma, y cuando holgares de esto, vas bien aprovechada.

—"Jamas hagas cosa que no puedas hacer delante de "todos.

—"En cosa que no le va ni le viene, no sea curiosa "en hablarla ni preguntarla.

—"Mirad bien quán presto se mudan las personas, y "quán poco hay que fiar de ellas, y ansi asirse bien de "Dios que no se muda.

—"Acuérdate que no tienes más que una alma, ni has "de morir más de una vez, ni tienes más de una vida "breve, y esa que es particular: ni hay más que una glo-"ria, esa eterna, y darás de mano á muchas cosas."

Lo confieso, señores, ingénuamente: yo no alcanzo á comprender ni desear más profundidad en el pensamiento, más claridad en el lenguaje, mayor sencillez y concision en el estilo, y áun presumo que esto se le alcance á cualquiera, aún sin *aspirar á plaza de pensador profundo*. De mí se decir que poseo (precioso legado de mi madre) una carta autógrafa de la santa: su letra es clara y gallarda como su ingenio; sus líneas son rectas como fué su voluntad; su lenguaje castizo y franco como su carácter, y el asunto de que trata, con ser familiar,

descubre mal grado de quien escribe flores de modestia, de ingenio y de virtud, como aquellas (*protococus nivalis*) singulares que nacen en los más enhiestos montes y tiñen de rojo la nieve inmaculada, y que sólo conoce quien se remonta á las cumbres de la humildad. Esa carta que á menudo leo es para mí siempre motivo de enseñanza, y áun á veces (no hay para qué callarlo) de consuelo.

No entiendo tan fácilmente, es verdad, el libro de *Las moradas*, el de *Los conceptos del amor divino* y el de *Las exclamaciones*; pero no me aflijo ni lo atribuyo á falta de claridad del escrito, sino á falta de disposicion en mí. Yo que no entiendo los libros de Arago y de Hertschel que tratan de astronomía ¿por qué he de ser versado en estotros que se remontan á mayores alturas?

Contradicen esta opinion mia, primero el fallo de Pedroso, varon piadoso y sabio, que en verdad *habia nacido para comprender como pocos el estilo de la santa escritora;* y luego el de mi nuevo compañero, á quien estimo en lo mucho que vale; pero me consuelo con el dictámen de Fr. Luis de Leon, que antes habeis oido, y con el del mismo Sr. Madrazo, que en su magnífica obra sobre Sevilla dice que *sobre todo, fué aquella ciudad en* 1575 *honrada con la presencia de la* INCOMPARABLE *Santa Teresa de Jesus.....* y esto de incomparable no podia ciertamente referirse á la gentileza del cuerpo, dado que la pobre habia ya cumplido sesenta años y estaba agobiada de enfermedades.

Algo habia prometido decir de Quevedo, y pensaba cumplirlo; pero el tiempo apremia, y la sentencia de *diga poco* suena en mis oidos: someteré, pues, brevísimamente á mi nuevo compañero dos observaciones, las cuales, sin contradecir su juicio sobre el autor de los *Anales de quince dias*, libran de mucha responsabilidad al que



es sin duda *el primer ingénio español despues de Cervantes.*

Dos son las principales acusaciones que se le hacen: la primera, la sobrada desenvoltura y poca decencia de sus poesías jocosas y satíricas; y segunda, su estilo *afectado, difuso, confuso é hiperbólico en todos sus escritos.*

Es cosa sabida, en cuanto á lo primero, pero conviene repetirla para que no se olvide, que aquellas graciosísimas aunque poco decentes composiciones, frutos de su juventud, no fueron por él publicadas: coleccionólas despues de su muerte un su sobrino..... mostrando que ya en aquellos tiempos no faltaban gentes más explotadoras de la fama literaria de grandes ingénios, que cuidadosas de su reputacion moral. Publicó Quevedo, como antes habeis oido, las obras de Fr. Luis de Leon, y las del Bachiller Francisco de Latorre, harto diversas en gusto y en moral de sus jácaras y romances, de que otro, despues de sus dias, fué editor.

Pues en cuanto al lenguaje, nada tengo que añadir á lo que ha asentado el Sr. Madrazo: "es, en efecto, hijo "del espíritu, en que el autor atiende más á granjearse "el aplauso de la sociedad contemporánea, que á expre"sar ingénuamente sus ideas."

Todo ello (permítaseme decirlo) es, así como los largos romances descriptivos de Calderon, como los cantos de Espronceda en versos que van creciendo en pirámide, como la música misma con que el nuevo Académico acompañó sus *melopeyas*..... todo es lisonja á la moda dominante..... Feliz aquel que no paga á semejante tiranía más tributo que algunos equívocos, si son decentes, ó unos inocentes arpegios del piano, guardando en su alma la fe de sus padres, y en su corazon el afecto á su patria y á sus amigos.

He nombrado, sin tener de ello propósito deliberado,

las *melopeyas*, y de ello me felicito, porque las tales composiciones, sobre ser una especialidad del Sr. de Madrazo, son, en el caso presente, un testimonio del espíritu literariamente liberal de esta Academia. Se la acusa como á otras análogas, de ser demasiado apegada á la rutina de los preceptistas y á las formas clásicas; de no gustar sino del estilo viejo, y de no reclutar sino hombres ancianos. Hace años que daba yo aquí mismo la bienvenida al popular inventor de las *Doloras*, como hoy me cabe la suerte de saludar al inventor ó al restaurador de las *Melopeyas;* hace pocos dias abrazábais al jóven que, en el albor de sus pocos años, ha recorrido, mejor dicho, ha trasladado á su prodigiosa memoria los archivos y las bibliotecas de Europa, dilucidando con pasmosa crítica los problemas más difíciles de la historia eclesiástica, de la teología mística, de la literatura y de la filosofía; y hoy tendeis los brazos al crítico del arte; que há más de cuarenta años lleva al conocimiento del mundo inteligente la razonada admiracion de nuestras joyas, ántes poco apreciadas. Se engañan, pues, asímismo los que por ahí propalan que no hay aquí sillas más que para los hombres aclamados prévia y estrepitosamente por el público; que no coronamos á más prosistas que á los oradores parlamentarios, ni á más poetas que á los autores dramáticos, como si fuese otra cosa que un donaire aquel dicho de que en España, para llegar á la inmortalidad, es forzoso pasar por la calle del Príncipe, y que no suena el clarin de la fama sino tocado en la tribuna del Parlamento.

No: aquí tienen asiento el anciano como el jóven, el orador que conmueve como el erudito que investiga, el dramático que entusiasma y el naturalista que observa, el poeta que sigue el horaciano sendero y el que empren-

de felizmente uno nuevo, ó el que vuelve á abrir el que, sin causa bastante, estaba abandonado.

Aquí se sentó el autor de *Edipo*, al lado del de *Doña Mencía*; en la silla del erudito Navarrete, que pasó su vida en los archivos, se sienta el insigne orador que hace llegar allende el Pirineo los ecos de la tribuna parlamentaria; heredero es, en fin, del preceptista Luzan, el inventor de las *Doloras*.

¿Pero son verdaderamente una innovacion las *melopeyas*? ¿O son la rehabilitacion de los cantos de los trovadores, con las mejoras que el estado social ha traido á nuestras costumbres?

No viaja ahora el poeta á campo traviés por trochas y veredas, la espada en el cinto y el bandolin á la espalda, sino que llega en coche y acompañan sus versos en el piano de Erard: no pide hospitalidad á algun enhiesto castillo ó á algun repuesto monasterio, mal recibido de algun abad mitrado; sino que huella alfombrados salones, y penetra en perfumados gabinetes, y le hacen el son con melodías de Meldenson las torneadas manos de gentil señora. Pero á pesar de esto, y de no ser la letra de las *melopeyas*, como las de Raimundo Lull y Ausías March, Ramon Vidal de Besalú, el comendador Rocaberti y otros, escrita en catalan, en valenciano ó lemosin, conserva mil analogías con las antiguas trovas: lo dulce y tierno de sus asuntos, en general amatorios; su estilo y su versificacion, que participan de la vaguedad misma de la música á que van unidas, y que inspiran no sé qué íntimo sentimiento de grata melancolía, las harian dignas de recibir la flor misteriosa de las manos de Clemencia Isaura.

En cambio no se ha arrojado nunca, que yo sepa, nuestro compañero, como los antiguos trovadores, á za-

herir á magnate alguno en personales sátiras, ó á sonrojar á honestas espectadoras con tan libres composiciones como las de Gillermo de Bergadan.

Como los trovadores, tambien ha cultivado la balada, siempre melancólica, á veces religiosa, y con carácter tan personal y estilo tan propio del autor, que juzgo de mi deber daros de ello muestra, para que lo conozcais completamente.

VOTO Á LA VÍRGEN DE LA BARQUERA.

Vírgen de la Barquera,
Vírgen bendita,
romeros tus devotos
van á tu ermita;
todos lisiados
de sus enfermedades
ó sus pecados.

—

El que curado vuelve,
con fe sincera
te ofrece sus *ex-votos*
de blanca cera:
y para ejemplo,
muleta, pierna ó brazo
cuelga en tu templo.

—

Vírgen de la Barquera,
si tú me amparas,
un corazon de oro
pondré en tus aras;
que es tal su herida,
que la sangre que mana
funde mi vida.

—

Vírgen inmaculada
de la Barquera,

no está en mi pobre cuerpo
mi cuita fiera;
no, madre mia,
ni es de pasion liviana
mi herida impía.

—

Dos hijas que te invocan,
dos inocentes,
de lejos á estas playas
traigo dolientes:
oye de un padre
la oracion fervorosa:
¡Sánalas, madre!

Ni sólo es este género de poesía en el que ha brillado el nuevo Académico: con el modesto título de "Bríndis á sus amigos y antiguos compañeros del Seminario de Nobles," les ha dirigido uno y otro año bellísimas epístolas morales, que por su doctrina y por su diccion merecerian inscribirse, y más aún practicarse, en seminarios de jóvenes y áun en palacios de magnates. En *Las Cuatro Navidades*, en *El Belen* y en *El Romancero de Africa*, obras de que me cupo la honra el ser editor, lucen sus composiciones, al par que las de nuestros primeros ingenios, y alguna de ellas ha merecido la honra de ser traducida en verso á la lengua de Schiller (cosa rara en España).

Sus leyendas, sus odas, sus fantasías, impresas casi todas, y que coleccionadas como ellas merecen y yo deseo, llenarian un bello volúmen, le acreditan de poeta correcto, dulce, sentencioso y sinceramente cristiano, así como sus monografías le califican de prosista erudito, concienzudo y elegante, al par que de hábil y perito crítico en la estética de las artes del dibujo.

La Academia, por tanto, obró justa y cuerdamente

llamándole á labrar el campo que en su dia cultivaron Interian de Ayala, Bails, Jovellanos, Musso y Gallego.

Entretanto, la bella y grandiosa lengua que ellos hablaron cede á dos corrientes opuestas entre sí, pero ambas interesables y violentas: el editor que paga por cuartillas, y el telegrafista que cobra por palabras. Por explotar al uno se construyen los períodos hinchados llenos de adjetivos, y los escritos difusos enmarañados de episodios. Por sisar al otro se mutila la lengua y se sacrifica la claridad, viniéndose á hablar en Castilla como en la Manigua.

Remedio á estos males he procurado apuntar en mi casi improvisado discurso.

Purifique cada cual su estilo en las tres fuentes de que procede, la propia índole, la sociedad que frecuenta, y el asunto de que trata: ayúdese para ello de los buenos modelos (entre los cuales yo me obstino en contar á la incomparable Santa Teresa y al gran *soñador* satírico Quevedo); imite sobre todo el concienzudo estudio, el noble pensamiento, la aspiracion hidalga y el constante trabajo del nuevo Académico que va á recibir hoy la tercera medalla, aquella que llevó al pecho uno de los más castizos y discretos hablistas contemporáneos y otro de los más laboriosos individuos de nuestra Academia.

Esta da así muestra al recien venido de cómo estima y premia su pasado, y de cuánto espera y confía en su porvenir.

Sea este, señor Académico, tan dilatado y lisonjero como desea mi amistad. Os conocí allá cuando, aún jóven, abandonábais los heredados pinceles y servíais de modelo á un bello cuadro, en el cual, siendo Madrazo el retratado y Madrazo el retratista, parece que sea Vandyck el uno y el otro; allí oí por primera vez vuestras

